EL COJO ILUSTRADO

Año XIX — 1º DE MARZO DE 1910 — Nº 437

PRECIO
Suscripción mensual.....B 4
Un número suelto.....B 2

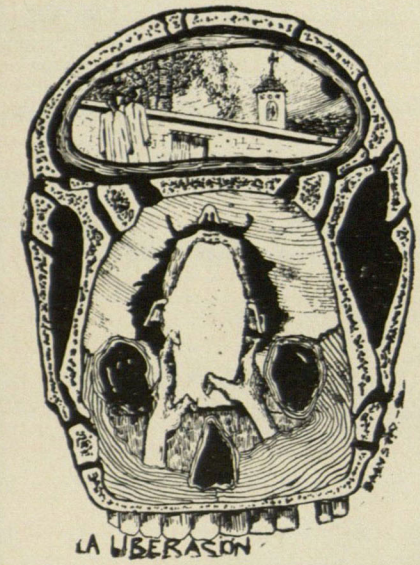
DIRECTOR:
J. M. HERRERA IRIGOYEN
Empresa El Cojo — Caracas — Venezuela

EDICION QUINCENAL
Dirección: J. M. Herrera Irigoyen & Ca.
Este 4—Número 14
Caracas — Venezuela
NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



DIGITAL UCAB

MUSEO DEL LOUVRE: A. Coypel - 1661-1722 - FLORA Y CÉFIRO



LA LIBERACION

RICARDO Fariña estrujó rabiosamente la carta que acababa de leer, y luego, hecha añicos, la arrojó por el balcón á la calle.

Arrebatados por el viento, voltejeando sobre las cabezas de los transeúntes, habian desaparecido ya todos los pedazos y aún la cólera del frenético Fariña, se desataba en súbitos puñetazos sobre la mesa y en violentos empellones que hacían rodar las sillas, produciendo sobre el entablado tan repetido y furioso golpeteo, que hubo de acudir la señora Gertrudis á enterarse de lo que arriba acontecía y por ver de salvar con su presencia lo que, de su propiedad, pudiera estar en tris de ser destruído.

—Qué le pasa, amigo Fariña?—preguntó la patrona, deteniéndose en el umbral, y mirando por encima de las gafas á su energúmeno inquilino.

—Nada, señora!

—Ah!, dispense usted, creí que algo le había sucedido y que podía serle útil.

—En realidad, algo me ha sucedido ó, más bien, me sucederá—dijo Fariña maquinalmente, sin volverse á ver á su interlocutora.

—Le ha de suceder, dice usted!—y la señora Gertrudis, fingiendo asustarse con aquel pronóstico, avanzó unos pasos en la habitación haciendo grandes aspavientos oficiosos.

—No quiera usted saberlo; no podría explicárselo, y además: usted no comprendería—explicó Fariña para rechazar las impertinencias de la anciana, quien un tanto corrida y contrariada salió del aposento dejando á Fariña un poco más sosegado.

De repente—como si una idea hubiera logrado atravesar por su cerebro—se dibujó en su rostro el gesto de una resolución é inmediatamente se sentó al escritorio disponiéndose á escribir. Mas su mano temblaba con tanta presteza que no le fue posible trazar sobre el papel un rasgo siquiera y por fuerza hubo de esperar que se atenuara el espasmo de la violenta emoción. Y entonces sucedió que, como si á medida que el efecto fisiológico iba desapareciendo, se debilitara el impulso de la irreflexiva resolución, ó que recobrada la cordura juzgara su acto inadecuado é inoficioso, cuando su mano estuvo en disposición de escribir, falló la voluntad de hacerlo, é irremisiblemente vencido se levantó del asiento y se asomó al balcón. Allí estuvo largo rato observando con pertinaz fijeza la avenida llena de paseantes, y cada vez que su atención se apartaba de la pasiva expectación, arrastrada irresistiblemente hacia aquel punto de su conciencia donde parecía haberse formado un absceso doloroso, al choque de la noticia contenida en la carta, él, sacudiendo la cabeza, obligaba su atención á obedecerle, poniéndola sobre un detalle insignificante ó una pueril reflexión que de intento se sugería. Mas, por mucho que lo deseara, no lograba vencer la pertinacia de su mente que, obcecada, remolineaba sin cesar en torno á la idea ingrata, y aquel día, cuando la campana del comedor anunció la comida, todos los inquilinos se sentaron en redor de la mesa presidida por la huéspeda, como era costumbre, y el puésto de Fariña permaneció desierto.

—Qué le habrá sucedido á Ricardo Fariña?—dijo uno con marcado acento oriental, pronunciando el nombre y apellido del aludido, como si ambas palabras formaran una sola. Y antes que las conjeturas de los circunstantes intentaran explicar la ausencia del compañero, la señora Gertrudis, como la llamaban sus pensionistas, dijo cuanto sabía acerca de lo ocurrido á Fariña, agregando—su inevitable parte de conjetura—que para ella la causa de aquel desasosiego, había sido una carta de la novia que él recibió esa tarde.

Con ruidosas risotadas fue acogido el cómico relato de la anciana y aquella vez la personalidad de Ricardo Fariña fue tema obligado de la charla de sobremesa. Ricardo Fariña es un tipo—insinuó alguien—y aquí fue el referir de anécdotas y episodios, curiosos unos, triviales los más, según la relativa agudeza de los narradores y que evidenciaban el carácter extraño y morboso del provincial á quien sus aberraciones daban un perfil de desequilibrado bastante definido.

Luego que hubo concluído la comida y que cada cual se retiró á su cuarto para disponerse al acostumbrado paseo nocturno, Lisandro Anzola subió á la habitación donde á oscuras permanecía Fariña, inquiriendo, entre curioso y cortés, el motivo de aquella conducta. Es que estás enfermo?

—Un poco...

—Qué tienes?

—Malhumor. Y luego apartando la conversación del punto que Anzola quería esclarecer, le preguntó: qué hora es?

—Las ocho. No sales esta noche?

—No sé...

—No te toca visitar hoy á tu novia?

—Más bien haría otra cosa... más amena. Hay zarzuela?

—Nó...Si quieres daremos un paseo en coche, la luna está bonita.

—Bueno... pero... nó, más bien me quedo aquí. Veré si puedo escribir... Hombre, á propósito; sabes que me escribió Venancio Branto?

—De veras, y qué dice?

—Que viene.

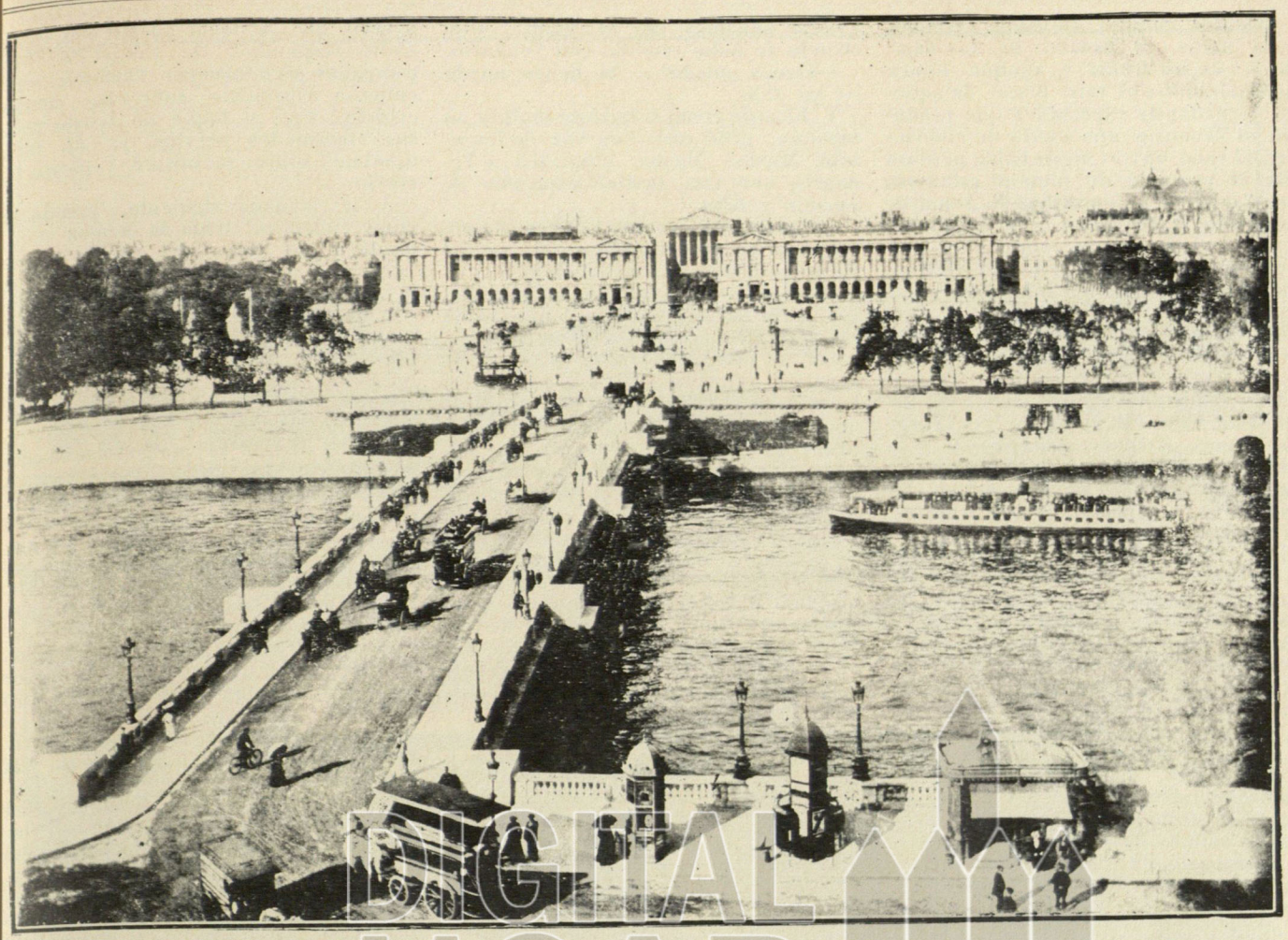
Y tirando el cigarro que acababa de encender, agregó:

—No salgo esta noche; no me esperes.

* * *

En mala hora había caído en sus manos aquel papelejo pringado y mal escrito, cargado de soserías, en el cual Venancio Branto le comunicaba su viaje á la capital, donde se pasaría todo el tiempo necesario para gastar en alegres despilfarros lo que él, con su característico descaro llamaba el fruto de sus ahorros y privaciones, adquirido en los tres meses que estuvo desempeñando un cargo en la administración de una Aduana. Sin embargo, la noticia era para alegrar al más sombrío, pues el adinerado Branto prometía expresamente de antemano costear él solo lo que ambos, reviviendo la antigua camaradería, derrocharan á tajo y destajo, lo cual no era poco prometerle á quien, como Fariña, se veía constreñido á equilibrar sus dispendios con la mezquina pensión que en su calidad de estudiante percibía de sus padres. Pero otras más poderosas razones pesaban en el ánimo de Fariña convirtiendo aquella promesa en aciaga amenaza de males incalculables... Branto, Branto, suerte de demonio tentador que venía á destruír lo que era preciosa conquista de su voluntad: la normalidad de la vida á costa de tántos esfuerzos lograda; el íntimo contentamiento de sí mismo y su libertad, su libertad sobre todo... Por qué venía otra vez y quizás cuando más peligrosa podría serle su compañía? Y Fariña tuvo tentaciones de escribirle diciéndole que no aceptaba su ofrecimiento, que bien podía irse á despilfarrar su dinero á otra parte...

Luego pensó que más prudente era ponerse en guardia contra el advenedizo y formuló la resolución de no ir á recibirlo cuando llegara, organizando un plan de conducta según el cual á cada atención y deferencia del amigo, habría de corresponder él con un desaire. Y en tales lucubraciones estuvo hasta el mediar de la noche. Preimaginaba las oportunidades que habían de presentársele para poner en práctica su proyecto de represalias; evocaba actitudes y palabras con las que él, siempre insolente y altanero, humillaría al pobre Branto y gozaba con esto de tan intenso placer que todos sus nervios vibraban sacudidos por la exacerbación, ciego frenesí que rayaba en insensatez cuando un momento se hacía luz en su cerebro la certidumbre de la superioridad que el valiente y vigoroso Branto tenía sobre él, medroso y débil, mal que pesara á su excitada fantasía. Entonces, en su desvarío establecía que, como por virtud de hechicería, se había operado en él una transformación prodigiosa y se veía dotado de descomunal vigor y coraje, ahogando entre sus manos al robusto amigo que nunca era, por otra parte,



PARÍS: Puente y Plaza de la Concordia

lo bastante audaz para inferirle la más leve ofensa...

*
* *

Sin embargo, Branto había sido una vez su salvador, de eso hacía mucho tiempo, él tendría entonces diez ó doce años. Fue el día de su ingreso en la escuela, allá en la ciudad natal. Cuando Ricardo entró en el salón lleno de alumnos se hizo un repentino silencio y todos los ojos se fijaron en él, y fue como si mil avispas lo picaran en el rostro. El maestro, un viejo larguirucho que tenía un lobanillo en mitad de la frente, lo miró de pies á cabeza como si fuera á valorarlo y luego satisfecho de su experticia le asignó un puésto, allá en el fondo del salón, el último. Y Ricardo con la cabeza encajada sobre el pecho, sin atreverse á ver á nadie, tuvo que atravesar entre las dos filas de colegiales atentos, que por reglamentario deber de cortesía se habían puesto de pies. Qué largo le pareció el trayecto! Andaba y nunca llegaba al lugar señalado; le parecía que su andar era torpe, se veía á sí mismo dando traspiés de ebrio y su turbación creeía de punto. Cuando iba llegando tropezó con un banco y estuvo en riesgo de caer, entonces oyó un murmullo de risas ahogadas que, leve al principio, fue creciendo hasta convertirse en deshecha algarada de pitos y zumbidos. Aquello fue el rebosamiento: sintió dentro del cráneo la percusión violenta de la sangre, todo su cuerpo bamboleó y hubiera ido á dar de bruces sobre el suelo enladrillado á no ser que unos brazos lo sostuvieran en el aire.

Venancio Branto, un muchacho fornido, chato y moreno que representaba algunos años más que Fariña, sentó á éste al lado suyo en el lugar señalado por el maestro, luégo le recogió los libros que se habían dispersado por el suelo y entre indignado y pesaroso le preguntó: ¿Qué te ha pasado?

Fariña respondió inconscientemente algo de lo cual jamás se pudo acordar y mientras guardaba los libros que le devolviera su inesperado protector vió de soslayo que éste, alzando el puño cerrado en actitud de amenaza retaba á los que aún se reían. Desde aquel día Ricardo Fariña y Venancio Branto fueron inseparables camaradas; zozobras y alborozos se compartían entre ambos por igual y nna misma travesura les acarreaba común reprimenda porque, aunque Ricardo protestara de los riesgos á que lo exponía el carácter audaz y camorrista de Venancio, no se dió barrabasada que á éste se antojara y de la cual se excluyera aquél, más prudente ó pusilánime.

—Yo te defiendo de los golpes de los demás y tú me libras de los palmetazos del maestro—había propuesto Venancio, y cerrado el pacto desde aquel día Ricardo estudió por los dos y por ambos peleó Venancio, y como quiera que éste sentaba plaza de peleador y gastaba fama de guapo entre la rapacería de Santa Luz, Ricardo Fariña acogido al prestigio del amigo gozaba de absoluta impunidad. Pero, si bien es verdad que el tal protectorado lo libró en muy difíciles trances de la vindicta de los puños suspendidos sobre él, cierto es también que produjo desgarraduras dolorosas en el alma de Fariña, de natural orgulloso y altivo, despertando en él aquel sentimiento de conmiseración y menosprecio de sí mismo, como una interna rebeldía de los nobles ímpetus de su espíritu contra la fatalidad abrumadora de la propia flaqueza. Y aunque por instintiva delicadeza nunca Venancio hiciera alarde de su valor ó audacia de modo que se resintiera la susceptibilidad en exceso quisquillosa del amigo; éste, poco á poco y á medida que se daba cuenta de lo poco digno de su actitud, fué experimentando un sentimiento de humillación cada vez más oneroso y pensó romper pacto y amistad definitivamente. Pero una irresistible influencia parecía ejercer sobre él el atolondrado Branto y siempre que Ricardo, después de haber sufrido la férula y el arresto que casi diariamente y de común acuerdo le propinaban la madre y el maestro, hacía entre escarmentado é iracundo, juramento de no reunirse más con Venancio, un ciego impulso le traicionaba obstinadamente y al fin y al cabo Ricardo hacía lo que á Venancio se antojara, eso sí: fingiendo hacerlo con el mayor placer.

De este modo conoció el azaroso deleite de jubilarse de la escuela, yéndose á la escapada en un merodeo angustio-

so por los campos cercanos, armado de la china, al acecho de los pájaros ó de las frutas y aunque nunca pudo habituarse al raro placer de aquellas jornadas de expectativa que producían en Venancio una suerte de embriaguez, al cabo de tres meses había perdido todo el prestigio de alumno estudioso y contraído y hubiera llegado á mayor descrédito á no haber sido expulsado Venancio de la escuela, como lo fue á especiales instancias del padre de Ricardo, que era personaje de influencia en el lugar.

Sin embargo, y á pesar de cuantas otras medidas de precaución se tomaron para disolver aquella perniciosa camaradería, Ricardo continuó siendo el inevitable é inocente cómplice de Venancio, y poco después apareció en él la primera manifestación de aquella terrible enfermedad que siempre estuvo aferrada á su organismo. Para entonces, las versiones populares acerca de aparecidos y fantasmas habían desarrollado en Venancio una macabra afición. Le comunicó su nuevo proyecto á Ricardo; éste lo rechazó aterrorizado: aquello era una cosa horrible y peligrosa; á Venancio únicamente le parecía divertido y muy sencillo además. No se necesitaba gran aparato, apenas un par de sábanas blancas y unos zancos altos; y así se irían luego á la calle trasera del pueblo, una calleja estrecha y oscura, sembrada de baches y llena de monte; el efecto sería sorprendente, y Venancio saltaba de alegría al imaginarse el espanto de los transeúntes en presencia de los desmesurados fantasmas blancos, y como agregara, para tranquilizar al amigo, que sólo asustarían á mujeres y muchachos, Ricardo cedió al fin tocado en su amor propio, y fué.

Pegados á la pared, en un trecho donde no había casas, se apostaron los pseudo fantasmas. Debajo de la sábana blanca, aterido de miedo se estremecía Ricardo. Venancio también temblaba sacudido por la ansiedad lancinante y placentera del momento esperado. De pronto apareció una silueta humana al extremo de la calle, avanzó, se acercó silbando á los fantasmas inmóviles.

—Es un hombre,—dijo Ricardo—vámonos.

—Cállate—respondió Venancio y cuando el transeúnte estuvo cerca dió un paso y estiró el cuerpo encogido, agrandando su estatura espectral. El hombre dió un gran grito y retrocedió espantado, desapareciendo en la sombra; al mismo tiempo, como fulminado por el grito, Ricardo cayó en tierra presa de un ataque epiléptico.

Aquel ataque se repitió pasado un año, más ó menos. Según el plan concertado desde la tarde, Venancio y Ricardo debían salir de sus casas á las diez, hora en que todos dormían en la pueblo, y reunirse en la plaza de el iglesia. Se trataba de despertar al mediar la noche, á los moradores de Santa Luz, con un furioso repique de campanas. Para Ricardo aquello alcanzaba las terribles proporciones de una profanación, de un sacrilegio, y trató de disuadir á su compañero, pero, como siempre, fue él quien á última hora cedió.

—No subamos; eso es malo... dijo cuando se hubo reunido con Venancio.

—Tienes miedo?... Si tienes miedo iré yo solo.

Y Ricardo como si hubiese sentido un espolazo, gritó casi, con voz de insensato: Miedo! Miedo! y miraba á Venancio con una bestial expresión de espanto y odio.

—Vamos pues,—contestó Venancio poniéndose en marcha y tras él se fué Ricardo, fascinado, inconsciente.

Dieron la vuelta al templo hasta llegar á la parte posterior donde había un jardincillo con cancela de madera, hacia el cual se abría la puerta de la sacristía. Venancio sabía que esta puerta se cerraba por dentro con una viga que era fácil derribar empujando con fuerza desde afuera; para esto, así que hubieron llegado hasta ella, ambos apoyaron las espaldas en la puerta y empujaron con cautela. La puerta cedió de pronto, al caer ruidoso de la viga en el silencio interior, y se abrió dando paso á una bocanada de aire cálido impregnado de aroma de incienso y pezgua.

Venancio entró; Ricardo se detuvo en el umbral transido de miedo; del interior salió la voz de Venancio exhortándolo á entrar; la voz parecía distante y cavernosa.

—Tienes miedo?

Ricardo sintió otra vez el espolazo y entró.

—Cierra.

—Nó...

—Cierra, te digo que cierres...

Ricardo obedeció.

—Por aquí... tén cuidado... hay una silla.

Ah!—gritó de pronto Ricardo.

—Qué es?

—Una cosa fría... Una persona... Un... Un... Y Ricardo no se atrevía á pronunciar la palabra, como si temiera que su voz hiciera brotar de la tiniebla la visión del muerto que le parecía haber tocado.

Venancio rascó una cerilla y la acercó al objeto aludido. Era una Magdalena de yeso que alargaba en el aire los brazos suplicantes. La luz de la cerilla proyectó en las paredes y en el techo sombras desmesuradas que al temblar de la llama se entrelazaban en una silenciosa danza fantasmal. Luego entraron en el recinto del templo, frente al tabernáculo ardían las lámparas eucarísticas; un rayo de luz evidenciaba el blanco vuelo inmóvil de la paloma simbólica sobre el púlpito. Venancio pasó frente al sagrario haciendo la genuflexión de costumbre. Ricardo no se atrevió á volver la cara y pasó sin inclinarse musitando trozos de oraciones, desordenadamente. Por fin ganaron la escalera del campanario; Venancio comenzó la ascensión salvando dos peldaños á cada paso; Ricardo en pos de él subía aferrándose al pasamano y mirando atrás á cada momento como si alguien le siguiera. De pronto un escalofrío le recorría toda la médula, sentía que detrás de él una mano se alzaba en la sombra y en la inminencia del contacto todos sus músculos se contraían y daba un salto violento. Cuando llegó al primer descanso, se detuvo á tomar aliento, y llamó con voz extrangulada al compañero que se había adelantado, pero nadie respondió. De súbito las tres campanas sacudidas por Venancio, percutieron locamente sobre su cabeza erizada. Fue el toque de rebato para sus alborotados nervios, ya no tuvo dominio sobre si mismo y corrió... corrió...

A la mañana siguiente, pasado el coma epiléptico, tenía la lengua ataraceada y en redor del cuello, varias incisiones menudas y sangrientas que le escocían horriblemente.

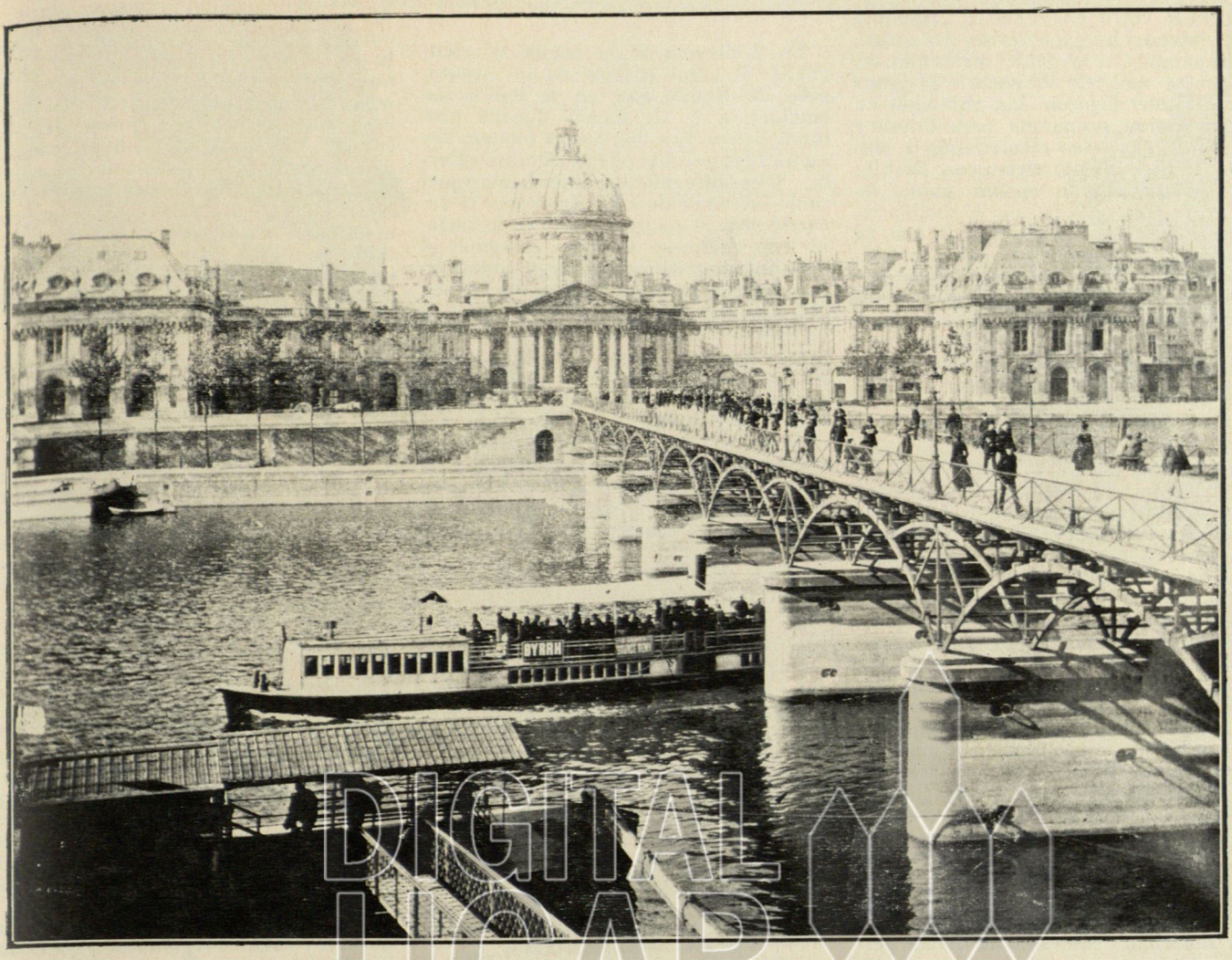
A resultas de esto guardó cama por varias semanas; después su padre le envió á la capital á terminar sus estudios en un colegio de internos.

Venancio se quedó en Santa Luz. Algún tiempo después recibió el interno la noticia de que su amigo andaba guerreando por los alrededores de Santa Luz en la cuadrilla que con el timbalesco nombre de ejército mandaba un temido cacique del lugar. En una refriega recibió una herida y fue hecho prisionero. Aquella herida le sirvió de presea cuando triunfó la revolución; hizo viaje á la capital y se presentó al jefe triunfador reclamando el galardón á que lo hacía acreedor la pierna no bien curada aún. Logró un buen puésto.

Desde entonces el maestro pudo observar que decaían el entusiasmo y la contracción del más aprovechado cursante del tercer año de filosofía. Una noche, como era de costumbre, al dar las diez se cerraron las puertas del instituto sin que hubiera llegado Fariña. Al día siguiente apareció; tenía el cabello despeinado, abotagados los ojos y el traje en desorden; el maestro lo comprendió todo y aunque ya Ricardo no era un niño le hizo severa reprimenda. Dos días después Ricardo Fariña salió del instituto para alojarse en la casa de pensionistas donde lo estaba Branto. Cuando llegó el tiempo de rendir examen, Fariña se excluyó de ellos, pretextando enfermedad. Sólo al cabo de tres meses, cuando Venancio, ya cesante, abandonó la capital, pudo examinarse Fariña. Luego se graduó de bachiller; después cursó medicina. Al fin del primer año gozaba la fama de ser el más aventajado del curso.

* * *

Ricardo Fariña cursaba cuarto año de medicina y disfrutaba de gran reputación entre profesores y compañeros. Además había contraído compromiso de matrimonio con una distinguida señorita de la capital, hermosa ella y recientemente graduada de maestra, y como complemento á su prestigio de hombre correcto de toda rectitud, escribía semanalmente en la página de honor del periódico más serio, largas y eruditas disertaciones sobre higiene y moral. De este modo, su presente impecable, le redimía con creces de lo que de borrascoso pudiera haber tenido su pasado. Su vida se deslizaba apacible entre obligaciones atendidas y deberes parsimoniosamente observados y á los cuales el hábito hacía fáciles y gratos, como una agua mansa lamiendo en silencio un escollo revestido de musgo en mitad



PARÍS : El Puente de Las Artes y el Instituto

DIGITAL UCAB

de la corriente. El estudio absorbía toda su atención, y apenas, como solaz, se permitía saborear el sano deleite del amor de Olimpia, la erudita prometida y aun esto, á fuer de hombre sesudo, con una gravedad doctoral.

Por lo demás, para el íntimo contentamiento de sí mismo había puesto en práctica una táctica hábil hecha de transigencias y contentadizas sutilezas, de lo que resultaba una suerte de harmonía á la que su vanidad daba una apariencia de auto dominio consciente. Pero como una leve sacudida bastaba para romper aquel equilibrio, Ricardo Fariña ante la noticia de la próxima llegada de Branto, experimentó la sensación de vaga zozobra que se revela en la subconciencia del que duerme, próximo al despertar de un bello ensueño. El espejismo se desvanecía, un momento tuvo la certidumbre de lo que había de suceder y sintió sobre el alma la presión de algo inconmovible.

Luego hubo en su memoria un recrudecimiento doloroso. A la semana siguiente un lector suspicaz hubiera calado en un párrafo de su artículo sobre la educación en el hogar, una desgarradura sangrienta en el alma del autor. Una noche Olimpia intentó penetrar la razón de aquella extraña irascibilidad que lo dominaba, y le preguntó insinuante:

—Qué te pasa?

—Nada.

—Nó; tú tienes algo.

—Bueno.

—Pero por qué no me lo dices?

Y las palabras fueron pronunciadas con tan humilde acento que Fariña conmovido y por salir del paso comenzó á explicar.

—Es una cosa fatal que se acerca; yo siento que poco á poco se va apoderando de mí... Imagínate: es como si fueran dos manos, poderosas é invisibles, que me fueran apretando y apretando el cuello, así.—Y hacía con las suyas, largas y huesudas, el gesto aludido, mirando hacia el techo fijamente.

—Jesús; déjate de eso!—exclamó ella asustada con la expresión de aquel rostro anguloso al cual el reflejo purpúreo de la pantalla daba un aspecto de congestión, como si en realidad las manos invisibles apretaran...

Tres días después, la señora Gertrudis le entregó un telegrama dirigido á él. Era de Branto que ya en viaje le anunciaba que esa tarde llegaría á la capital. El telegrama corrió la misma suerte que la carta anterior y cuando la patrona volvió á la habitación, fingiendo buscar en el suelo algo que no se le había caído, Fariña le preguntó:

—Tiene usted alguna habitación desocupada?

—Nó; ninguna. Pero; para quién es?

—Para un amigo que tal vez se hospede aquí.

—Ah! Si es un amigo suyo, yo veré de habilitar la del lado.

—Pero él llega esta tarde.

—Bueno, cuente usted con ella.

Y la huéspeda salió precipitadamente dando voces á una mujer del servicio.

En la tarde, cuando Branto bajó al andén, buscó inútilmente á Ricardo entre los que esperaban la llegada del tren. Por primera vez Ricardo había faltado.

—Qué raro!—se dijo Branto y luego entró en un coche dirigiéndose al centro de la ciudad. Ya el coche llevaba recorrido largo trayecto y Venancio cansado de ver á todos lados se resignaba á no encontrar al amigo, cuando al doblar una esquina, descubrió á Ricardo, que al reparar en él bajó precipitadamente la vista fingiendo leer en un libro que tenía abierto, mientras escudriñaba de reojo desde la puerta de un botiquín situado en el trayecto de la estación, el interior de los coches que pasaban cargados de viajeros y equipajes.

Ricardo entró en el coche; respondió con frialdad á las expansiones del amigo, contestando con evidente malhumor las preguntas que éste le hacía. Al pasar por el hotel dejaron los equipajes en la habitación preparada para Branto y siguieron de paseo recorriendo la ciudad. Al día siguiente regresaron: Branto, ebrio aún; Ricardo apenas podía tenerse de pies y tenía en la mejilla izquierda una huella amoratada con la forma de un paréntesis muy cerrado. Aquel paréntesis volvió á aparecer por todos los días consecutivos en diversas partes de su cuerpo. Poco después el nombre de Fariña rodó hecho una piltrafa en una crónica de escándalo...

.....

Las campanas de Santa Luz repicando en la noche; el agudo grito del hombre despavorido ante el fantasma blanco, repercutían al cabo de doce años en el alma de Ricardo Fariña. Inútilmente la flaca voluntad del estudiante había pretendido rebelarse; aquella lucha de largos días había sido el último esfuerzo desesperado, la vergonzosa derrota definitiva tras de la cual sólo había puésto para la abdicación de la propia personalidad. Al principio se debatió bajo la presión de las invisibles garras, luego no pensó más en resistir y dejó que se cumplieran en él los designios fatales. Estaba abrumado: aquella caída, la última, había sido el remate del eterno bamboleo de su vida, el derrumbe final de lo que había vacilado en él continuamente. Después no sintió nada, no experimentó ninguna interna zozobra, ningún escozor; fue como si le hubieran amputado algún miembro dolorido. Nuevamente había perdido los exámenes del curso, y esta vez el amor de Olimpia además y la salud... Y en sus horas de atonía pasaban por su memoria los recuerdos de estas cosas perdidas quizá para siempre, borrosamente, como pudieran pasar los restos del navío destrozado, sobre la pupila inerte del náufrago, abierta en el fondo del agua.

Y Ricardo Fariña, aligerado del peso de la conciencia que había gravitado hostilmente sobre su vida, experimentaba un horrible bienestar, una liviandad de cosa vacía por dentro.

Una noche bailaba en un prostíbulo en compañía de Venancio. Un pendenciero famoso entre los frecuentadores del sitio, comenzó por lanzarle soeces indirectas. Fariña un tanto amilanado fingió al principio no haberse percatado de ello y luego, como para desarmar al chocarrero, tomando á chanza lo que era ya abierta provocación, le dijo con un acento que se había esforzado en hacer amable: Está bueno, compañero; y al mismo tiempo vió que Venancio, soltando de pronto la pareja, con un tremendo puñetazo, despachurraba sobre la boca del patán el dicterio hiriente y vil que éste había comenzado á proferir.

Otra vez había caído en su defensa la mano que se irguiera amenazante en la escuela de Santa Luz, y Ricardo Fariña volvió á sentir con más violencia que nunca aquella impresión de un golpe en el cerebro que era en él característica.

*
* *

En el silencio de la noche se escuchaba el ritmo regular de la respiración de Branto que en la habitación contigua á la de Fariña dormía profundamente. Las dos piezas estaban comunicadas por una puerta siempre abierta. Ricardo tendió los oídos hacia aquel ruido intermitente y un espeluzno le recorrió todo el cuerpo...—Si yo lo hiciera, esta noche—y se dió á imaginar el acto liberador de aquella larga servidumbre. Muchas veces había pensado lo mismo, pero aquella noche, el resquemor de la reciente humillación y el alcohol ingerido hicieron estallar brutalmente en un desvarío de sangre su viejo encono y sus imaginaciones tuvieron una plasticidad inusitada.

Se vió á sí mismo tanteando en la sombra la puerta que comunicaba la suya con la habitación de Venancio, luego, agacharse y pasar arrastrando frente á la ventana abierta hacia el patio; incorporarse de nuevo, llegar conteniendo la respiración al borde de la cama, inclinarse sobre el durmiente, agarrarlo de pronto por el cuello y apretar... apretar... apretar.

.....

A la mañana siguiente—como si la energía de aquel supremo esfuerzo mental, exprimida á la impotencia de toda una vida, hubiera aniquilado su organismo—le hallaron muerto sobre el lecho, en todo el cuerpo estereotipado el último extremecimiento agónico, y en una crispatura espantosa aferradas las manos al cuello ensangrentado.

RÓMULO GALLEGOS.

NOTA BIBLIOGRAFICA

—

F. Jiménez Arraiz—"Alma Criolla" (Novela chica)—Caracas—Tipografía Americana.

Bien que dispuesto siempre á la mayor benevolencia, respecto de todos los jóvenes que se dedican á las letras, confieso que carezco de voluntad y de gusto para escribir críticas ni simples notas bibiográficas como ésta, acerca de trabajos literarios de ningún género; pero hé aquí que el señor Jiménez Arraiz me ha exigido estas líneas, de tal modo y con tanta discreción y cariño, que he tenido que rendirme, y escríbolas á escape como quien huye del enemigo que le pica la retaguardia.

Perplejo hube de quedar largo rato al recibir la carta y la obra del señor General Jiménez Arraiz, porque no alcanzaba á comprender cómo un joven que arrastra ya un largo machete y se ha embriagado con el olor de la pólvora, se interna por tan intrincadas veredas en busca de gloria y de bienestar. Una novela! me dije, tiempo perdido! Qué fruto obtiene el que escribe en Venezuela obras de literatura, de ciencias ó de artes?

Tan grande ha sido siempre el infortunio de nuestros hombres de letras, que ya no pueden ni encontrar consuelo lagrimando sus cuitas y desengaños. Llorar! ¿quien tiene lágrimas ya? Ventura de Dios si pueden meditar filosóficamente y sin riesgo contemplando el puñal herrumbroso y sangriento de algún negro bruto, ó brillantes morocotas en las manos de un cretino codicioso, sucias de peculado! Tántos desaciertos y tántas tiranías en un siglo de independencia nos han conducido á este estado de miseria moral, poco diverso del sombrío silencio de la colonia. Posible es que el destino se haya cansado de perseguirnos, pues nada es eterno en el mundo. Hoy se siente cierto movimiento generoso en favor del progreso material de la República, y acaso determine éste otro más acentuado en provecho del adelantamiento intelectual, que es el que da la verdadera medida de la civilización de los pueblos, de su energía y sus facultades.

¿Podrán salvarse mañana todas nuestras glorias literarias, ya desaparecidas y olvidadas? ¿Gozarán nuestros hombres de letras del respeto y las consideraciones que gozan los de los países cultos y civilizados? Sin duda proviene de esta risueña esperanza en un porvenir mejor que haya aún quienes se dediquen al cultivo de las letras; y en verdad, más merece ello aplauso que censura, por ser un esfuerzo que honra á la patria.

La novela del señor Jiménez Arraiz se intitula *Alma Criolla*, y entiéndese, por el calificativo de *criolla*, que se trata de una dama venezolana hija ó descendiente de extranjeros, si bien ahora han dado algunos en la flor de llamar *criollo* lo que puramente debe llamarse *regional*. De tal modo se escribe hoy por falta de estudio del idioma, que á la postre llegaremos á no entendernos. En el punto indicado basta saber que *criollo* deriva de criar, pordonde no hay cómo darle la significación de indígena, ni la de aborigen ni la de natural.

Muy digno de aplauso es el escribir novelas y cuentos regionales, y ya Eduardo Blanco y yo dimos comienzo á la tarea hace más de cuarenta años, pero es un gran error creer que tal género es el que da carácter de nacionalidad á la literatura.

El carácter se lo da siempre el autor que, escriba sobre lo que escribiere y ponga la escena donde la pusiere, no puede sustraerse al medio en que vive, á la civilización que alcanza, á la expresión personal, á la palpitación de la vida propia, que va, tratándose de novelas y de piezas de teatro, hasta intercalar episodios de la existencia misma del autor. Esto explica que los hombres de letras franceses, ingleses, italianos, españoles y alemanes, Racine y Corneille, por ejemplo, para nombrar algunos, traten sus obras romanas de distinto modo que los autores antiguos, y les den carácter diverso al amor en sus varias formas, al odio y á todas las pasiones. Y no es posible que la novela de costumbres, la verdaderamente regional, sepulte los demás géneros de novela. La novela histórica, por ejemplo, de que tantos despropósitos dijo en su libro de literatura Gonzalo Picón Febres, no morirá nunca, porque se refiere á la vida, los hechos y las pasiones de nuestros antecesores, le da nuevo lustre y animación la lejanía misma, y es semillero de belleza y de enseñanzas con la representación de civilizaciones, ideas y costumbres desaparecidas, con tal viveza y tales palpitaciones de vida, que un gran pensador, en leyendo las novelas de Walter Scott



PARÍS: La Estación de Orleans y el Malecón de Orsay

DIGITAL UCAB

exclamó con entusiasmo: «Esto es mejor que la historia.»

La novela del señor Jiménez Arraiz no es una novela histórica, aunque su patriotismo lo lleva á intercalar episodios de nuestras guerras civiles, como el fusilamiento del General Juan Bautista Rodríguez, que no se efectuó, como él dice, en la guerra de los cinco años, sino mucho antes, en 1854, cuando regia los destinos de la República el libertador de los esclavos, contra quien combatía aquel bizarro jefe barquisimetano, que había segado laureles en la batalla de Ayacucho.

La novela del señor Jiménez Arraiz es del género sentimental; no tiene enredo ni peripecias de ninguna clase, y corre á su fin tranquilamente como un arroyuelo de pradera. Si bien los amores de los protagonistas no sufren contrariedades ni perturbaciones en el paraíso en que viven, la dama muere de tisis. Cierto es que de tisis murieron la Margarita de Alejandro Dumás, hijo, la María de Jorge Isaacs, y otras damas posteriores, manifestándose así que ni la literatura está libre de epidemias; pero es esta muerte tan poética y tan dulce, por la ignorancia misma del morir en que permanece el paciente, que no es singular que los espíritus románticos recurran á la tuberculosis para el desenlace de sus obras. Y el señor Jiménez Arraiz, aunque con tendencias naturalistas, es un verdadero romántico, y con tal dualidad comprueba una vez más que el naturalismo moderno, que va ya de capa caída, fue engendrado por el romanticismo y á las veces deja ver rasgos del padre.

De la estética y doctrinas naturalistas de Zola y de Gautier, que éste mismo llama decadentes y propias de las épocas de decadencia, tiene el señor Jiménez Arraiz el anhelo de ostentar superioridad en el estilo, y por ello lo empiedra de voces rebuscadas como *paleófano, buco, palegénisis, péndula;* ó exóticas como *silenciario, lubricanes, estampía:* porque, ¡cosa singular! los naturalistas fundan el principal mérito de sus obras en novedades y rebuscamientos y filigranas, que, separándose de lo natural, constituyen un puro artificio. El autor no lo ignora; pero el maestro Teófilo Gautier le dice: «este estilo de decadencia es la última palabra del Verbo. Recuerda la lengua jaspeada ya con los verdores de la descomposición, la lengua manida del Bajo Imperio, y los enrevesados refinamientos de la escuela bizantina, última forma del arte griego que se deshace.»

No llega, sin duda, el señor Jiménez Arraiz á la prosa marmórea, limpia y refulgente de Gustavo Flaubert, porque tiene caídas y afectaciones que le deslustran el estilo, con ser éste brillante y bastante correcto; más los primores que lo esmaltan manifiestan que con el estudio, el trabajo y la paciencia puede llegar á obtener el mérito que ambiciona en la escuela á que se ha afiliado y que, no obstante, no seduce á ningún pensador, pues no es la literatura tarea exclusiva de fabricantes de mosaicos, sino cosa muy alta en que deben entrar, junto con todos los primores de la naturaleza, todas las potencias del alma.

No se crea por esto que yo rechace tal escuela. Romántica, clásica, naturalista, una obra puede ser buena; y he leído con deleite obras de todos los géneros, porque el mérito de ellas depende del arte y del talento del autor.

Que el señor Jiménez Arraiz tiene dotes de novelista y puede hacer cosas de gran provecho, no es necesario que yo lo diga. Todos lo sabemos. Yo he leído su novela con esparcimiento, y confieso que las costumbres actuales que en ella describe son desgraciadamente las que imperan hoy en la mayoría de nuestros conciudadanos, por lo cual no hay para qué moverle pleito por la superficialidad, irreflexión y sencillez de sus personajes, que nos hacen aparecer como andaluces de América.

Cuanto á la acción casi nula de la novela, y á la predilección por el estilo, cosas son de la escuela á que pertenece; y así y todo, á pesar del autor mismo, hay en ella cierto idealismo vaporoso que seduce al que la lee y le deja en el alma agradable impresión.

JULIO CALCAÑO.

7 de febrero de 1910.



VENECIA : Una calle

L'ULTIMA ORA DI VENEZIA

È fosco l'aere
È l'onda muta!...
Ed io sul tacito
Veron seduta,
In solitaria
Malinconia,
Ti guardo, e lagrimo,
Venezia mia!

Sui rotti nugoli
Dell'Occidente
Il raggio perdesi
Del sol morente,
E mesto Sibila
Per l'aura bruna
L'ultimo gemito
Della laguna.

Passa una gondola
Della città:
—Ehi! della gondola,
Qual novitá?
—Il morbo infuria...
Il pan ci manca...
Sul ponte sventola
Bandiera bianca!—

No, no, non splendere
Su tanto guai,
Sole d'Italia,
Non splender mai!
E sulla veneta
Spenta fortuna
Sia eterno il gemito
Della laguna!

Venezia, l'ultima
Ora è venuta;
Illustre martire,
Tu sei perduta;
Il morbo infuria,
Il pan ti manca,
Sul ponte sventola
Bandiera bianca!

Ma non le ignivome
Palle roventi,
Nè i mille fulmini
Su te stridenti,
Troncan ai liberi
Tuoi dì lo stame:
Viva Venezia:
Muor della fame.

Sulle tue pagine
Scolpisci, o Storia,
L,e altrui nequizie
E la tua gloria,
E grida ai posteri
Tre volte infame
Chi vuol Venezia
Morta di fame.

Viva Venezia!
Feroce, altiera,
Difese intrepida
La sua bandiera;
Ma il morbo infuria,
Il pan le manca;
Sul ponte sventola
Bandiera bianca!

Ed ora infrangasi
Qui sulla pietra
Finchè è ancor libera
Questa mia cetra.
A te, Venezia,
L'ultimo canto,
L'ultimo bacio,
L'ultimo pianto!

Ramingo ed esule
Sul suol straniero,
Vivrai, Venezia,
Nel mio pensiero;
Vivrai nel tempio
Qui del mio cuore,
Come l'imagine
Del primo amore.

Ma il vento sibila,
Ma l'onda è scura,
Ma tutta in gemito
È la natura:
L,e corde stridono,
La voce manca;
Sul ponte sventola
Bandiera bianca!

12 de agosto 1849.

ARNALDO FUSINATO.

ULTIMA HORA DE VENECIA

(DE ARNALDO FUSINATO)

[Versión libre]

Sombrío el ámbito,
La onda muda,
Sin nadie ¡ay mísera!
Que á el mal te acuda...
Y yo con tétrica
Melancolía
Te inundo en lágrimas,
Venecia mía!

Allá en el cárdeno
Fin del Poniente
La faz abísmase
Del sol muriente;
Y con el hálito
Del aura bruna
Se extingue el frémito
De la laguna.

Viene una góndola
De la ciudad:
—Ah, de la góndola!
¿Qué novedad?
—¡Nos diezma el cólera,
El pan se estanca,
Y eleva el pánico
Bandera blanca!—

¡Oh tú, sol ítalo,
No más alumbres
Días terríficos
De pesadumbres.
Y en la vorágine
De la fortuna
Sea eterno el frémito
De la laguna.

Venecia: tu último
Día ha llegado:
Ilustres mártires,
Todo ha acabado:
Nos diezma el cólera,
El pan se estanca,
Y eleva el pánico
Bandera blanca.

La bomba ignívoma
Que en la batalla
Con ronco estrépito
Cae y restalla,
Contemple incólume
Tu hueste armada.
¡Hurra la bélica
Ciudad sitiada!

En áurea página
Diga la historia:
De ellos, lo pérfido;
De tí, la gloria!
¡Qué infame júbilo!
Verte hambreada
Morir ¡oh ínclita
Venecia amada!

Heroica, impávida,
Mi Patria viva;
Defienda intrépida
Su enseña altiva!
Mas... cunde el cólera,
El pan se estanca,
Y eleva el pánico
Bandera blanca!...

¡Quede ya exánime,
Aquí en mis brazos,
Mi pobre cítara
Rota en pedazos!
¡Oh Patria! ¡oh ídolo!
Va á tí mi llanto,
Mi postrer ósculo,
Mi último canto.

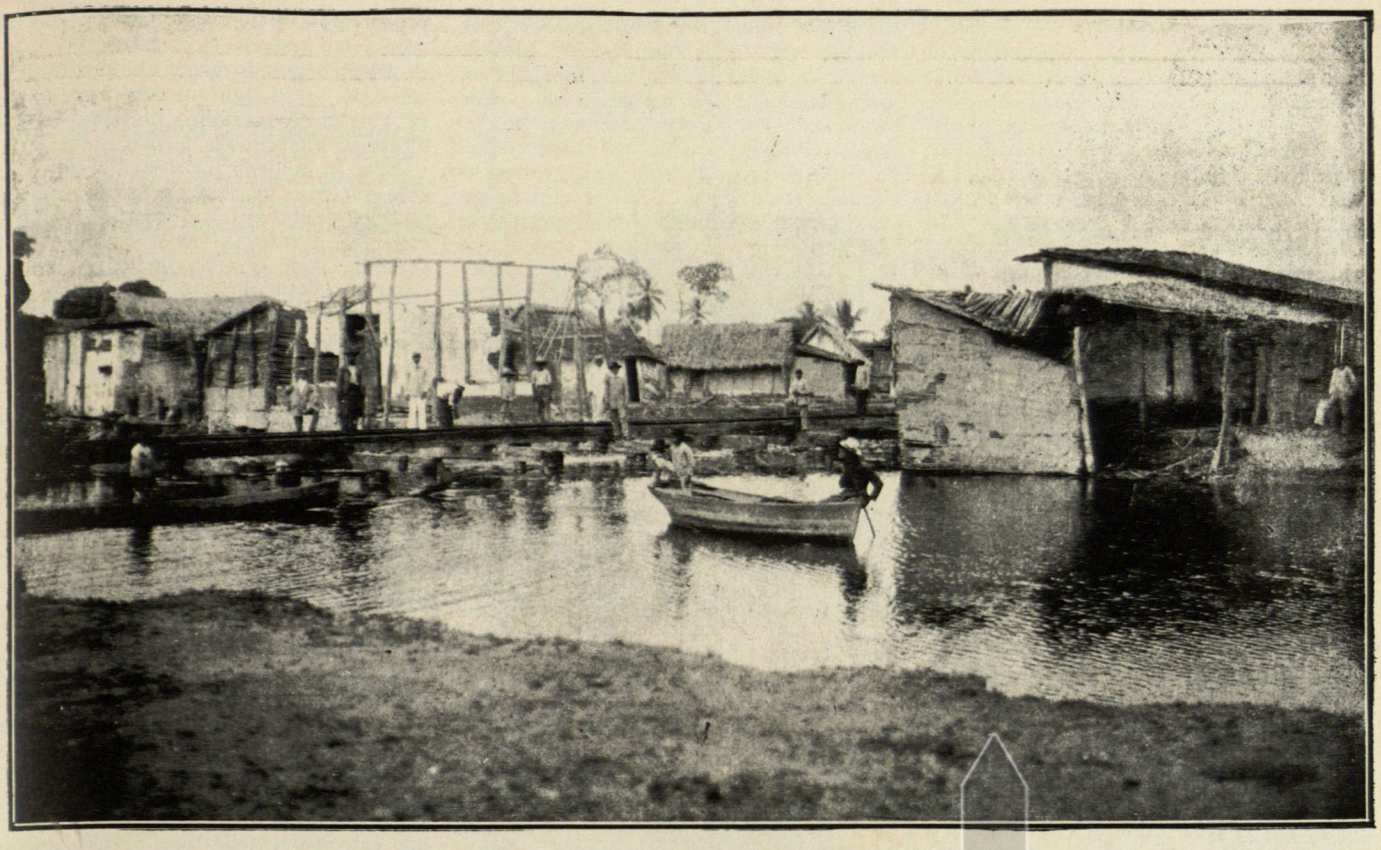
Errante y mísero,
So extraño techo,
Tu imagen vívida
Tendrá en mi pecho
Su templo místico,
Como el sagrado
Recuerdo púdico
Del bien amado.

Mas gime el céfiro,
Va la onda oscura,
Y como agónica
Se ve natura;
La cuerda rómpese
Do el canto arranca;
Y eleva el pánico
Bandera blanca.

FELIPE TEJERA.

Caracas: 10 de febrero 1910.

DIGITAL UCAB



VISTAS NACIONALES - Higuerote: El nuevo viaducto de la línea férrea sobre el «Caño Cirilo»

Fot. González G.

LA PENA MÓRBIDA

—

V

En el coche pasearon dos horas, borrachos y en desordenada alegría. Destempladas risas y recitaciones de versos desbordaban en los labios bullangueros. Bajo el sopor del aguardiente, «la refinada primavera moral é intelectual» que imaginaban poseer, abría en sus cerebros como una gran rosa fantástica. Desafiando las miradas de los curiosos, alborotado el cabello, declamando las rimas, jamás amigos se hermanaron como ellos al hallarse juntos. Exultaban de orgullo quijotesco.—«Fundarían un periódico para imponer su juventud, pues que les hervía la sangre. La moral ridícula, la modestia hipócrita se las metían en un bolsillo; y como no formaban en fila de falsos, manejaban su sinceridad como un arma cortante...»

En fiebre de alborozos, noctambulando, disipaban junto con la salud los ímpetus cándidos. Sus aspiraciones se vestían de sueños efervescentes, cuando se embriagaban de vicio. La apasionada manía se alimentaba en ellos de consuno cual maligna llama con el soplo de aires malsanos, mientras se atiborraban el cerebro de lecturas inconsistentes y frívolas. De «los maestros» apenas si se fijaban en «el brillo, en la elegancia de la forma». Jamás llegaron á percatarse del preciso simbolismo, de la cultura ni de los análisis preclaros de los tres literatos que ellos estimaban maestros. Supinas ignorancias, vanidades incontrastables, violentas imaginaciones, informaban su sentir intelectual, que era en ellos híbrido producto de urgencias sensuales y extraviados instintos. La generosidad, el buen empeño, teníanlos en raros momentos lúcidos que de tarde en cuando les dejaba la hartura. O si no era la torpeza de costumbres la que corrompía cuerpos y almas, las indolencias habituales maltrataban toda razonable aspiración de juventud.

Embebidos en vanidad é ignorancia, retoños del pueblo de primitivas aptitudes, participaban ellos, á pesar de sus remilgos fantásticos, de la incultura y sevicia popular. Pasaba el pueblo por el segundo de la República, y blasonaba empecinadamente de ser el más literario y civil. Para el efecto contaba entre sus naturales infinidad de favoritos de las letras en cenáculos, sociedades y periódicos. Mas eran contados en verdad los que guardaban algún espeso ajuar de lecturas entre las cuales un grano de positiva sapiencia germinara. La generalidad era de charlatanes más ó menos honrados.

Ellos, los *decadentes*—que así los apellidaba la crónica placera,—trataban de ponerse á razonable parte, rompiendo con la común especie de ideas de sus conciudadanos, con «la rutina de los vejestorios», y se entretenían como los otros en chismes, enredando madrigales y peroraciones en la revistilla que por fin lograron iniciar. La maldad instintiva de sus temperamentos, abortados bajo aquel sol llameante, se apareaba—trasluciéndose en ellos como á través de una máscara—con la pillería inconciente de sus afanes líricos. Mentiras eran las quimeras llorosas y los arranques rebeldes; en el fondo no abrigaban más que legendarias luchas de inclinaciones primordiales, luchas de horrores íntimos que á pesar de la clara generosidad de la juventud se extendía, no siempre solapadamente, en ámbitos de vicio y de crimen.

De lecturas no conocieron libros cuya enseñanza les perdurara benéficamente. De muy niños aún, las mentes se embriagaron con el narcótico de las novelas de folletín. Después les fueron predilectos los versos fáciles y aguados con ternuras llorosas; y por último, los exóticos, los extravagantes que ahora se afanaban en imitar. Leyeron á Lugones desesperadamente, y de memoria lo recitaron, mareándose al beber en los versos del escritor argentino obscuras y sabrosas harmonías, sin contemplar jamás las positivas imágenes, cerrados los ojos soñadores por la más cabal ceguera de ignorancia. Así se condujo su pillería intelectual.

A los escritores de Caracas, apenas conocidos allí por los retratos que publicaba El Cojo Ilustrado, los amaban y discutían con empeño de extremoso fervor; se citaban de ellos anécdotas, contemplábanlos de lejos con visión adorante. Colecciones de El Cojo era lo que casi siempre leían, pues los libros modernos les eran difíciles, conociendo de ellos apenas lo publicado en la revista capitolina.

En ilusa camaradería se juntaban Rodulfo y Gabriel—su más adicto compañero—para la lectura emocionada, acompañándose con la botella de aguardiente. El alcohol les avivaba el orgullo ensoñador, cuando el ritmo melancólico que Gabriel infundía á las frases revoloteaba sobre las frentes preocupadas. Se ponía Gabriel á comparar el licor con piedras preciosas y pupilas femeninas, mientras Rodulfo, taciturno, reconstruía y desbarataba delirantes imágenes. Hacían á veces jiras al campo. En el tranvía, al compás del

ruido estridente, revestidos de seriedad inefable, reclinaban sus pensamientos, adurmiéndolos con el ruido monótono. Dejando el centro de la ciudad, el tren tomaba la línea casi recta que atraviesa varias calles estrechas, hasta llegar únicamente á las formadas por quintas que lucen á ambos lados de la línea sus fachadas de verdes barandas. Tras los cercados coloreados ó rústicos las copas florecidas mostraban sus guirnaldas espesas. Las ringleras de casas se salpicaban de trecho en trecho por algunas desnudas y toscas. En partes descubríase el mar besando la orilla rumorosamente, al pie de los cocoteros susurrantes. A veces la orilla se distanciaba, extendiéndose sabanas cuajadas de cujíes y yerbas espinosas. Ya era una cañada angosta que atravesaba los rieles, ó un cerro que á la margen izquierda levantaba la falda surcada en veredas tortuosas. O bien se encaminaban al lugar más alto de los alrededores de la ciudad, al lugar de paseo más fresco y abierto, y entonces el viaje se hacía rápidamente. Por el camino la brisa batía contra sus rostros un soplo de violenta frescura, disipando el calor que irradiaba la máquina. Dejadas atrás en apenas cinco minutos las últimas calles, el tren se abalanzaba tremulando á través de la campiña sembrada de bucólicas mansiones y enherbados llanos. A orillas de las playas rumorosas y cristalinas, sobre la yerba que pintaba la primavera, ó resguardados del sol ardiente al amparo de la sombra silvestre, el verso revolaba como una mariposa. Y en el ambiente de silenciosa soledad, parecía que las alas de mariposa del verso cobraban más sutil encanto que derramar sobre las almas líricas y graves, que dejaban fugar las horas bochornosas paladeando las cláusulas remilgadas y bebiéndose un divino licor en los versos.

Bañábanse los espíritus pueriles en las evocaciones que los versos les despertaban, rozándoles el intelecto sentimental en vuelo de harmonías. Generalmente, no se molestaban pensando; se apresuraban tan sólo á sentir. Gabriel modulaba ondulosamente las frases, tropezando de vez en vez, y Rodulfo se sentía penetrar del mórbido sensualismo que le forjaban frases y rimas. El ambiente de ignorancia en que aspiraban sus romanticismos pálidos, cooperaba en cada uno de aquellos triviales encantos: la comprensión no les avivó la curiosidad de saber, sino que ausente dejábalos vagando en la inercia borracha de los sueños.

*

Recluído un mes y más tiempo, tuvo que resentirse de los desórdenes, profundamente enfermo. Tomaron durante esos días sentido más concreto sus desesperaciones. Temores de ser despedido del taller en que estaba empleado desde que abandonara el estudio; supliciantes fastidios, anhelos de pasar la vida en absoluta somnolencia, de no oír palabra humana, quedarse á solas con su delicada imaginación; en otras, brusco deseo de rodearse de amigos, de fraternales voces, como si le asustara, quedándose solo, un peligro recóndito. Después de los trances de dolor intenso, bañado de alivio, eran los cándidos propósitos de enmienda. El paisaje circundante le parecía más estéril y torvo que nunca. La angustia era en ocasiones tan aguda que hubiera querido exhalar la vida en un suspiro ardiente, apaciguando en el inextinguible sueño desconocido las heridas para siempre jamás... Obscuras noches de abismo ó claras con mortajas de luna atestiguaron sus íntimas crucifixiones... Ni le consolaban las lecturas predilectas. El tiempo le trascurría con mil emociones crueles en cada hora. Ni la frescura de las mañanas, ni los crepúsculos de cintas y crespones policromos con que se decoraba el cielo en aquel paisaje ardoroso, lograban darle tregua al desespero. Cuando esos instantes de tregua parecían venir, eran leves alas de frescura posadas engañosamente en la fiebre del alma.

«¿Hasta cuándo podría serle soportable la vida?» A través de los dolores agudos, parecía haberse afirmado en las profundidades de su conciencia el sentido de la impotencia, vibrante de horror. «Entonces sufría—pensaba á ratos—entonces era el sufrimiento horrible, y quién sabe siempre sería lo mismo... La juventud se le escaparía al fin, sin haberle dejado goces ni triunfos, sin haber tejido para su frente guirnaldas de placer y alegría... ¿De qué le valdrían los arrepentimientos, si hoy se levantaba sobre un frágil propósito para caer mañana más rudamente aún?... Tántas veces había imaginado en vano qué tras las veleidades advendrían las templanzas de la voluntad, preparando camino á una legítima fuerza de vida y honor!...»

«¿Hasta cuándo le era soportable la vida!...»

*

Redoma de perfumado vino fue para él la noticia de hallarse de regreso Cristina; y sin embargo, el encuentro con ella no había sido efusivo como otras veces. Esa noche, antes de verla aún, había presentido la desilusión. Entre distintas cosas, recordó por el camino, turbiamente, cómo no le había respondido ella su última carta: y el encuentro fue nimio. Empezó por mantenerse ante ella como invadido de súbito enojo. Tras las interpelaciones triviales y las respuestas lacónicas, languideció la conversación. Y en el silencio pesado como una piedra, mientras ella se lo figuraba simplemente pensativo, él comenzaba á sentir la pena morbosa hirviéndole en el pecho.

Aun le ocupaba la memoria la sensación reciente de la tarde turbia, en tanto Gabriel recitaba. Y por modo extraño comenzó á sufrir, más que con el hastío presente, con el recuerdo de la tarde ya pasada y llena de esplín, nimbada por el halo armonioso que prendía en el aire la voz recitadora de Gabriel:

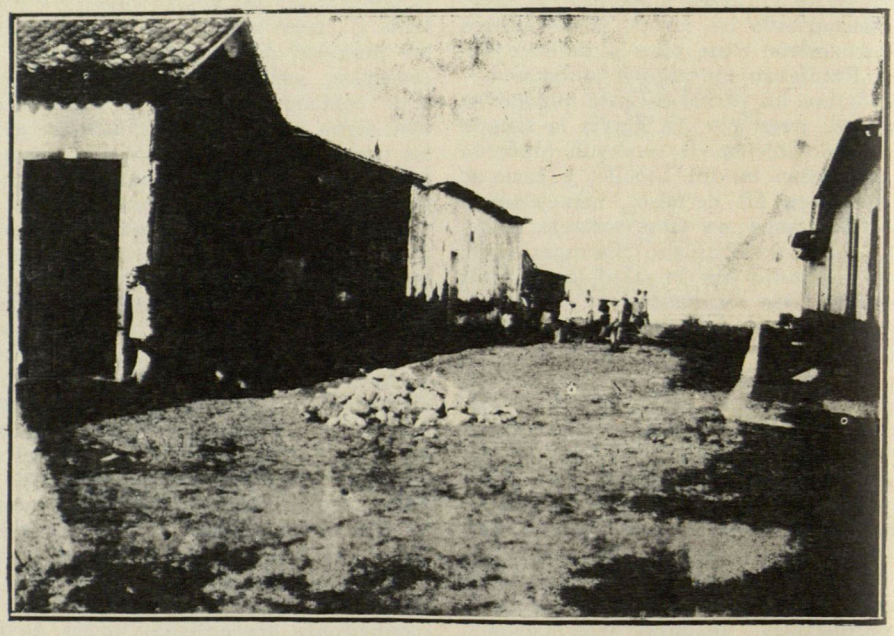
La tarde en muelle laxitud declina
ligeramente enferma. Y el ambiente
está suave como una muselina
habitual, cuyo roce no se siente...

Y la música le vibraba en los oídos, saturada de nostalgia mortificante.

. . . . . .

—Cuéntame de tu vida. Qué tal te encuentras? Quiero saber cuanto tengas de nuevo. En qué piensas?...—La voz de Cristina había sonado acariciadora, mimosa. Y á la voz predilecta, revelada tan súbitamente en modo encantador, sintió brotar de su amargura hermética el sentimentalismo que se le derramó en la sonrisa. «¿Qué influjo mágico ése que desbordaba el arroyuelo claro de su afecto, haciendo tan fácilmente brillar en él de nuevo la alegría y la ingenuidad?...»—Rato después, á él le perduraba la serena emoción y ella hacía en el propio patio sus oraciones acostumbradas. Sumido en hondo misticismo, acariciábala con la mirada los cabellos en desaliño, la frente morena, los ojos entornados, la boca balbuciente, mientras pasaban las cuentas del rosario entre los dedos finos, al compás del monótono balbuceo de los rezos. En el dormido jardín casi rumoraba el silencio ; y él soñaba que sus dos almas, protegidas por el sigilo silencioso, se tomaban amorosamente de la mano: que el amor de Cristina le era exclusivo; y entornaba también los ojos bajo el ambiente perezoso y tranquilo, mientras Cristina se adormilaba en el sillón.

ALEJANDRO FUENMAYOR.



HIGUEROTE—Casa de Marcano—Trabajos de relleno en la calle al mar, después de la inundación

TRANSPOSICION

—

Para la ejecución de su gran cuadro, el pintor Marcelo había reflexionado largo tiempo, determinando por fin trasladarse á la aldea, donde un detenido estudio del medio que quería utilizar debía serle muy provechoso. Fuése al rincón nativo y sólo con respirar el ambiente salutífero de sus montañas y ver tan amplio el cielo que las cobijaba con generoso derroche de luz, sintió brincar de gozo el corazón: allí estaba la vida que sus pinceles querían trasladar al lienzo.

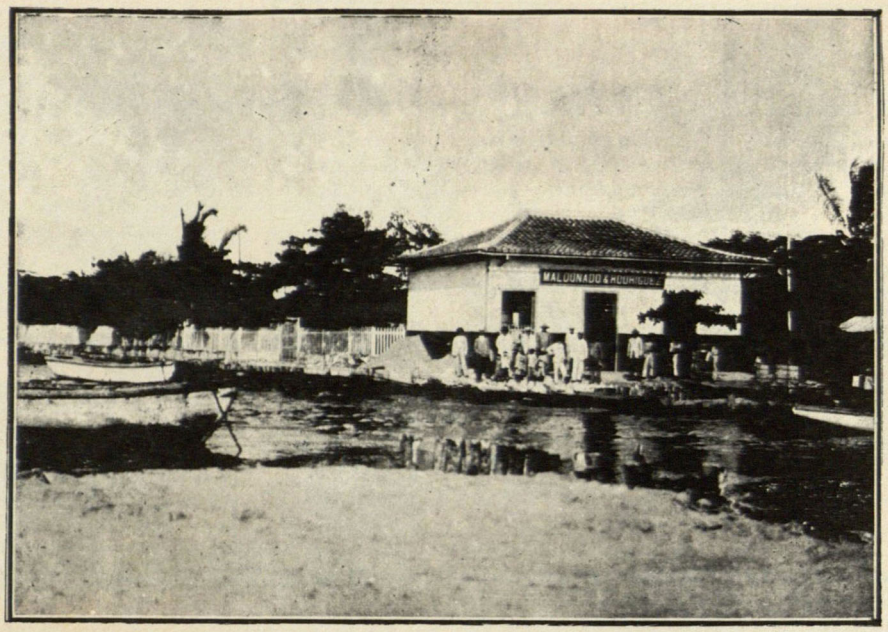
Serviría de fondo al cuadro, bajo la gloria infinita de un medio día de verano, la ondulación lejana de un campo de trigo donde los campesinos, empequeñecidos por la distancia, se verían como puntos obscuros doblados codiciosamente sobre la mies; y constituiría el asunto una pareja de enamorados dialogando por encima de la tapia del cementerio. (El mozo tras de cumplir una obra de misericordia, la vió venir de la fuente, contenta como el agua que parlotea, y con el azadón sobre el hombro se vino á decirle quién sabe qué cosa que á la muchacha deleita y suspende).

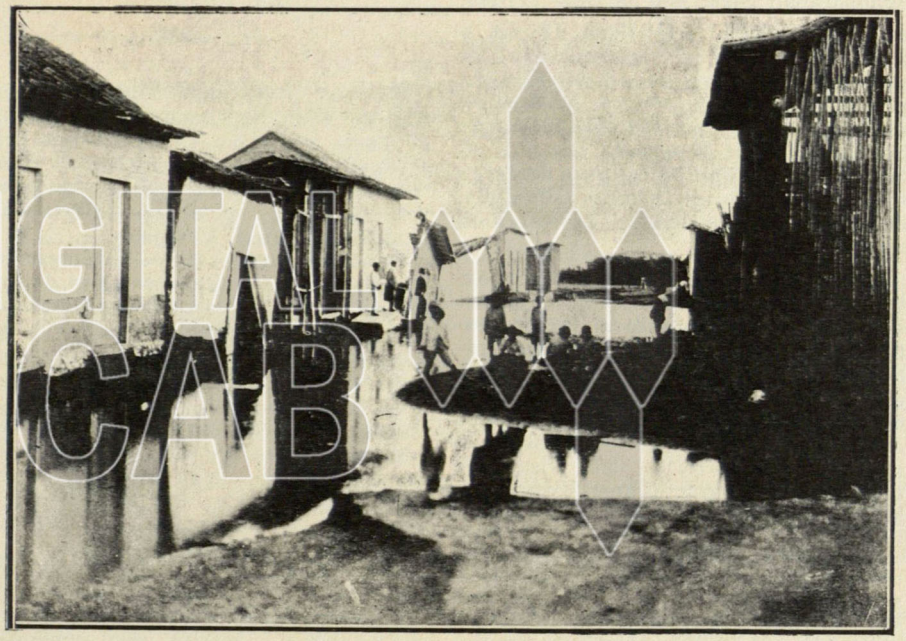
A la buena ejecución de su obra confiaba Marcelo su porvenir de artista. El cuadro sería como la manifestación de su manera de ver la vida, renovándose de sí misma, minuto tras minuto, bajo la sonrisa impasible del cielo. El cielo lleno de luz, maravilloso de azul, debería tener una pureza absoluta; los campos de trigo, pródigos y anegados de sol, darían la sensación lejana de las campiñas bíblicas; los mozos en la más florida mocedad; ella por fuera de la pared, junto al cántaro húmedo que descansó en la tierra; el mozo vuelto de espaldas tras de la barba. El azadón suspendido sobre el hombro, negro de la tierra que aventó para cubrir un cadáver, sería la nota elocuente, la gran sombra trágica de todos temida, el ala silenciosa que golpea para formar el gran silencio.

Las manos febriles del artista fueron incansables en aquella labor, y así, las blancuras del lienzo se fueron transformando rápida, maravillosamente.

El inmenso campo abierto, siempre lleno de luz y de juventud, se mostraba á sus ojos desde el amanecer lleno de colores y detalles nuevos cada día, y los sabios pinceles cada día llevaban al lienzo una belleza nueva, un nuevo vuelo de luz. Era una inmensa floración de vida que se multiplicaba en torno de los muchachos enamorados y á la cual azotaba rudamente la mancha negra del azadón suspendido en lo alto. El mozo mostraba llenas de sol sus anchas espaldas de labrador sano que se ha enorvado largas horas sobre los surcos próvidos, y la moza... De la moza sólo había en el cuadro una figura inconclusa porque la muchacha que le sería de modelo, una campesinita como una alborada, hacía días que no asomaba por el barrio.

—¿Sabéis de ella?





VISTAS VENEZOLANAS.—1º Higuerote! Casa de los señores Maldonado y Rodríguez, salvada milagrosamente de la inundación.—2º Calle real inundada por el "*Cuño Cirilo*" Fot. González G.

—Está enferma...

Tras de muchos días de fatigosa espera, una mañana entró en el estudio y fué á colocarse de espaldas á la ventana, con las manos empuñadas sobre el pecho y al brazo el enorme canastón de mimbres que otras veces había llevado con jugosas legumbres. El color claro de sus cabellos palidecía por efecto de la luz que los bañaba, y la curva de una mejilla mostraba el toque marfileño que deja en las carnes el paso de un mal; su voz temblaba:

—...todavía toso un poco y siento fiebre por las tardes, pero ya no será nada, verdad?

Sí, no sería nada... La figura principal de su obra, la mujer triunfante de vida junto al silencio de los muertos, ya no surgiría nunca en el lienzo; el mozo cortejaría un espíritu, un esbozo impreciso á quien parecía amenazar el azadón negro con humedad de tierra; la muchacha no surgiría ya en el cuadro, mas el pintor la encontraba en su corazón y en su corazón estaba el poeta...

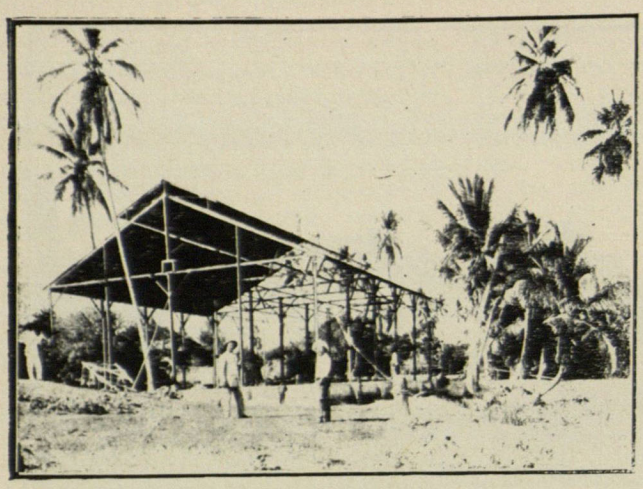
¿No era para él ese manojo de rosas de cementerio que traía en las mejillas?

——

EL DULZOR DE LOS RECUERDOS

—

Por la ventana abierta entró de improviso un chorro de luz alegre y blondo como debió de ser la áurea lluvia que dió al traste con la prudencia del rey de Argos y permitió al irresistible señor del Olimpo gozar de la princesa Danae; un rayo de sol contentísimo que parecía haber sufrido mucho cayendo en el seno frío de las nubes y ahora se entretenía en jugar



PUERTO CABELLO: Tenería Nueva, en construcción

Fot. E. Schmidt

con las cosas, convirtiendo en oro los átomos de polvo y lamiendo con coquetería inaudita los menudos pies que salían bajo una falda amarilla y que demostraban gozar con la tibia caricia.

La fresca alcoba se llenó de luz y pareció más ancha, sonrieron en los rincones cosas que se adormecían sin pensar en nada, y con el baño luminoso entró la oleada de una brisa que tal vez se había demorado por allí entre las yerbas odorantes, pues descargó todo un tesoro de aromas silvestres, de parietarias estrujadas, de frutas en sazón.

La viejecita aspiró con fuerza aquellos olores, cerró los ojos, y dejó que vagara una sonrisa entre su faz de castaña seca; las manos incansables soltaron las agujas, y la comenzada calceta cayó sobre la falda de linón amarillo que transparentaba la enagua bordada, y sintió que por los hilos de su memoria se escurría la saria irisada de unos recuerdos que despertaban en su alma la nostalgia de su juventud muerta.

Sin pensarlo fué á echarse de bruces en el alféizar de la ventana; pero sus ojos no vieron el magnífico paisaje de aquel campo de junio, ni el cielo sin nubes de un azul de piedralipis, ni el río pequeñín corriendo entre las yerbas lozanas, ni la aldea nativa blanqueando en la lejanía vaporosa; sus ojos no vieron nada porque en lo interior sentía las bellezas de otro campo igual pintado en la memoria con tintas de frescura inalterable. Era un recordar sabroso de cosas pasadas hacía muchos años, cuando la savia juvenil palpitaba en su cuerpo animosa y potente, cuando la sangre joven coloreaba las mejillas redondas, y brillaban las pupilas glaucas con el misterioso atractivo de las ondas marinas, y tenían sus caderas la curva donosa de las ánforas griegas. Recordó de una mañana igual, en la misma alcoba ancha y clara, desde la ventana de piedra llena de líquenes blancos, en que asistió al entierro de su única ilusión mientras el mismo sol, siempre joven, mezclaba y confundía sns fulgores con el oro en fusión de sus cabellos. Era que todas las tardes poco antes de caer el crepúsculo, ella gozaba con ver pasar un hombre que regresaba del trabajo, un mocetón hermoso y tosco, ignorante del afecto que inspiraba. Y esa mañana que ahora cintilaba en su imaginación lo vió ir abrazado á una mujer que debía ser su querida...

Ellos se habían muerto, pero la viejecita, soñando en su amor imposible, sintió correr una lágrima sobre su faz de castaña seca, al brotar del cenicero de su corazón, como una chispa de fuego, el recuerdo de aquel idilio casto, despertado al conjuro del rayo blondo que el rey sol entraba al aposento como una lluvia de oro.

——

LA CHARCA

—

En una altiplanicie andina escueta de toda vegetación arborescente, de suelo cascajoso y bermejo que bajo el rigor meridiano se enciende y parece cabrillear, una charca profunda reverbera entre su marco informe de piedras angulosas y rojizas.

Sola en aquella aridez, siéntese al contemplarla la extraña congoja de una injusticia; dijérase un agua huérfana, el pozo de lágrimas de la soledad angustiada.

A cien pasos de allí, donde el desnivel forma las faldas montañosas, el arroyo, saltando entre las breñas, ríe y canta con risa de alegría y canto de amor; y abajo, en el llano, al rodar por lo cóncavo de una teja se va á ser vida en los hogares, en las entrañas de la calabaza primitiva.

¡Ser fuente! Esa pobre charca verdosa tal vez querría ser fuente, brotar por entre las raíces de una gerarca de la selva y oír lo que conversan las muchachas mientras el cántaro se llena. Tal vez cambiaría su desolación por la sepultura fría de una cisterna, á cambio de escuchar en la tarde la voz de Rebeca, suave como el murmurio de la brisa al desenredar su túnica del follaje licencioso de una palmera, á cambio de dar ocasión al diálogo de Jesús con la Samaritana de los cinco maridos.

Al caer de la tarde un ruido hace volver la cabeza soñando en ver aparecer en la línea cercana del horizonte, recortada en el zafiro del cielo, la silueta de una moza de los campos que viene á llenar su vasija con la linfa dormida y triste... Nada. Las muchachas de estas alturas son perezosas. Blancas, rosadas, gordas allí se están con la aguja entre los dedos viendo pasar las nubes; por la tarde bajan á la hondonada comidas de frío y en silencio, y traen agua fresca, agua cristalina y bullente, alegre y saludable... ¡Qué van á acordarse de aquel pozo salobre y hediondo!

Otro ruido... Es un cuervo gris, harto de inmundicias, que vuela á hacer su digestión en actitud reposada sobre la calvicie ocre de una peña que sus excrementos han taraceado de blanco.

La noche se cierne muy lenta con lividéces enfermas. Y la charca sonámbula abre su pupila glauca ansiosamente, llenándose de una consolación creciente, hasta que un pastor misterioso que ninguno ha soñado, trae á abrevar en sus aguas las siete cabrillas de oro.

LUIS TABLANCA.



LO QUE WILDE PENSARÍA

—

Prestigia mi nombre picante leyenda:
pasiones extrañas, degeneración;
dirán:—del placer en la obscura trastienda
buscando está siempre nueva sensación.

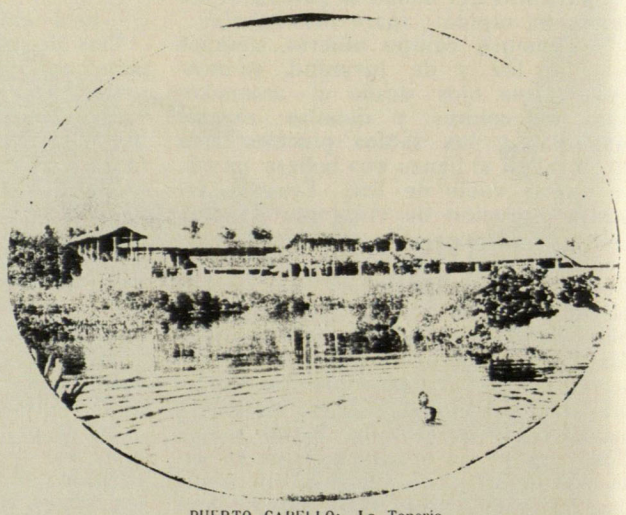
Paso.... Las miradas me hacen que comprenda
ser mi personilla causa de emoción;
Max Nordau me inscribe severo en su agenda
para hacerme objeto de vivisección.

Y con todo, ¿qué soy? Un místico esteta,
un inglés que tiene las mismas pasiones
que son patrimonio de la humanidad.

Así, muchas veces la vida secreta
y el óleo eficaz de las murmuraciones,
nos dan á la postre la notoriedad.

LUIS LOVERA CASTRO.

Caracas.



PUERTO CABELLO: La Tenería

Fot. Avril.



La enamorada pareja gozaba todas las tardes, al acariciante rumor de la brisa, bajo las opacidades cristalinas del cielo sobre la panorámica belleza del contorno tranquilo, gozaba, en el pintoresco jardín bien cuidado, el expansivo silencio de verse solos, los labios próximos, los ojos anegados de un gozo irreal y las almas juntas.

Ella era alta y esbelta. Una rubia deliciosa y lánguida; enamorada de esas que á todo le buscan el matiz romántico, sin chocar mucho con la vida. Temperamento vibrante, exaltado, cuya visión interna de las cosas confina con la idealidad; de precisa clarividencia en ocasiones, de ilimitada imaginación siempre. Y era también sensitiva y sensual, como el impresionable cristal de las fuentes mudas.

Su amor por Carlos Sirel—su compañero de jardín y de amor—había nacido locuaz y súbito. Ella no recordaba fijamente dónde le conoció. Se vieron tal vez en un pic–nic, en el bullicioso deleite de un baile ó en la estrecha vecindad de los escaños de un eléctrico. Fue quizás en el teatro ó en el paseo. Ella no lo recordaba. Su genial carácter, festivo y atolondrado, gustó á su languidez de flor de estufa, vaporosa de coquetería, acaso por aquella oscura intuición que nos impele á celebrar en los otros la resaltante cualidad de que carecemos, ajena á nuestro temperamento y admirada instintivamente. Amó, por eso, en él, la lozanía elegante de su figura varonil, su frase oportuna y sarcástica, sus aficiones mundanas á fuertes sports y su porte aturdido y airoso del vanidoso que sabe serlo sin demostrarlo.

El, por su parte, puso también cariño en aquella delicada y exótica enamorada de finos y pausados gestos, atiborrada de las novelas francesas de moda—filtros de venenosa sutileza—aquella Luisa Bilbao que emergía plácida del verde encanto del jardín, como un ligero lirio cándido, con su minucioso tocado y sus trajes de seda pálida.

Tal era la pareja de aquel *flirt* vespertino, que se expandía en el pintoresco jardín bien cuidado, bajo el hechizo transparente del cielo, y se paseaba en ocasiones, pródigo de arrullos, acariciado en lujos, por los fragantes *foyers* de los teatros concurridos y por los salones en fiesta, los animados días de recibo.

En una de esas tardes en que gozaban su habitual coloquio de novios, ocurrió un pequeño incidente, que más adelante, cuando ya el rito de la Iglesia y el artículo civil habían solemnizado su *flirt*, vino á adquirir ante los ojos de Luisa una inevitable fatalidad.

Era una rumorosa tarde de domingo. Por la abierta avenida paralela al jardín, midiendo la acera á lentos zigzags, se vió venir un hombre ebrio. El hecho en sí no era ni admirativo ni chocante. La embriaguez ha llegado á ser perfectamente inofensiva á fuerza de cotidiana. Tanto en las metrópolis como en las aldeas, llámense personas «decentes» ó sean gentes rústicas, la mayoría de los que padecen la dura soledad de una desilusión, ó aquellos cuyo ajuar es el arroyo, ó los muelles viciosos poseídos de *spleen*, se refugian—maquinales y obstinados—en la copa; bien para acallar su melancolía aquéllos, ó para exaltar sus apetitos, éstos. Así, una incontable humanidad se embriaga lamentablemente por dolor, por miseria, por vicio.....

Se vió venir un hombre ebrio....

La charla crepuscular de los enamorados tenía la lenidad fugitiva del vuelo de seda de un pájaro. Había vocablos ardorosos de elocuencia infinita. Las manos enlazadas certificaban ternuras recíprocas. En las pupilas un trémulo disimulo expresaba pensamientos significativos y apasionados.

El hombre ebrio pasó frente á la verja...

Las manos de Luisa, por largo tiempo refugiadas como palomas tímidas entre las elocuentes manos de Carlos, abandonaron de improviso la blanda opresión. De ella todo su sér tremó, como una barca bajo una ráfaga de brisa. Sus ojos, fijos con angustiosa insistencia en el mísero aspecto del borracho, reflejaron una sombría impresión de piedad, menosprecio y espanto.....

—¿Qué te pasa, Luisa?

—Ese hombre....

Advirtió él entonces al ebrio espectaculoso que, aferradas las manos inseguras á un poste, en giros cautos esperaba tal vez como aquel otro de la anécdota, su casa para entrar á ella.

—¿Y bien? ¿Qué? Algún pobre hombre que halló en el día motivo de plácemes y lo ha festejado en consecuencia, ó acaso tuvo justas razones de infortunio y las ha tratado de echar en olvido. Eso pasa todos los días, chica....Supongo que no te cubrirás de sentimentalismos pueriles por tan nimia cosa....

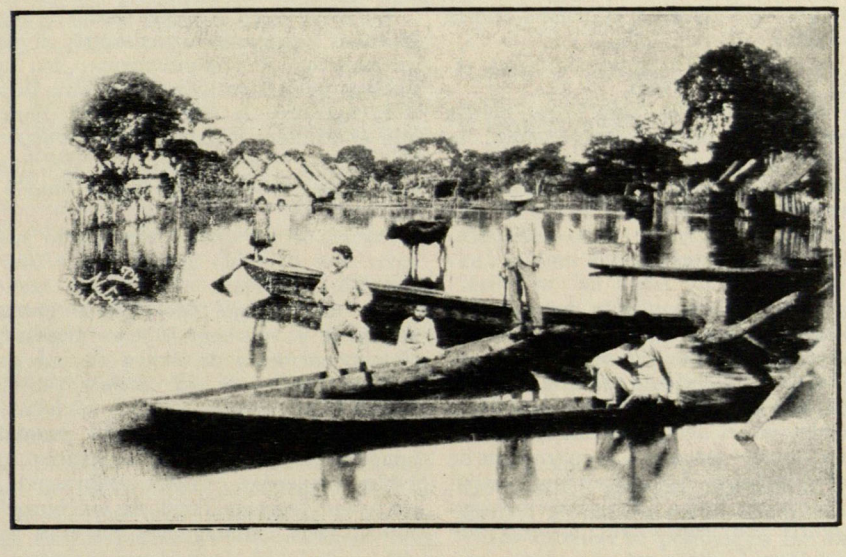
—¡No lo puedo remediar! Es un inquietante bochorno que me domina, cuando distingo á un ebrio, como si algo muy íntimo pereciera en mí con vaga sorpresa. Los odio. Nadie tiene el derecho de deformarse, Carlos. Y me subleva y apesara el temor de que presencien mis ojos el espectáculo brutal de ver á una persona amada en semejante vituperio....

—Tonterías, tonterías, chica.

Y como si el incidente hubiera ahogado el florido coloquio de antes, se quedaron abstraídos, en mudez febril. Ella, la mirada perdida y profunda; él, pensativo, nervioso.

A lo lejos, el ebrio cruzaba, encorvado y macilento, la sombra de una irreprochable hilera de sauces.

.....



PAISAJES VENEZOLANOS: Puerto Nutrias



PAISAJES VENEZOLANOS: Puerto Nutrias

Camino de su casa, iba Carlos recordando con inquieta perplejidad aquel hondo momento de la tarde, motivado por la presencia del ebrio. Y cuando le vino á la mente la visión confusa y alocada de sus repetidas noches de frenética orgía, en unión de amigos no menos dispendiosos y alegres, noches cuyos escandalosos comentarios se oscurecían merced á la complicidad de las madrugadas, sintió una bochornosa incertidumbre ante la pregunta que se hizo: «Si lo supiera El encuentro de un amigo sacóle de Luisa?» sus meditaciones. Y prosiguió su marcha silbando un breve y suave motivo de *Bohemia*, mientras hacía describir entre los dedos de la diestra opuestos semicírculos á su junco. Inconscientemente finalizó por sonreír con cínica frivolidad.

* * *

En el diario de más viso de la ciudad capital, periódico «oficioso y muy bien informado», un cronista cursi pormenorizó, entre lugares comunes y fastidiosos detalles acerca del tocado de las damas, la descripción de la fiesta matrimonial. «Fue un acontecimiento social», dijo el cronista. La novia pareció fascinadora y lánguida bajo su flotante velo blanco y la corona clásica de azahares.

Todos auguraban á la pareja novel, renovada y perpetua dicha.

Las bodas tuvieron para ellos, plenas de efusiones y deleites desconocidos, la trascendencia que para todos los enamorados tiene la resolución de la ideal incógnita. Fue una encantadora luna de miel que iluminó—la faz de rosa—días alocados, felices, de halagüeña y mutua terneza.

Transcurrieron brevemente aquellos días de halago perenne; aquel desbordamiento de cariñosos arrebatos fué serenándose con una jovial tonalidad de acuarela. Y á medida que la fuga de ellos se hacía más lenta, en el recogimiento de la linda casita solitaria—magnífica para morada de novios—á pesar de la desbordante y exquisita ternura de Luisa, Carlos fué empezando á sentir con vago sobresalto—allá muy recóndito—el ansia perversa de resucitar sus correrías de soltero.

La luna de miel apenas si había logrado apartar por breves lapsos el recuerdo de sus noches de frenesí. Ahora mordíale en el alma con tremendo impulso el anhelo de renovarlas. Se contenía un tanto gracias al tierno arrullo de ella; pero se hacía más poderoso aquél—¡cosa rara!—á medida que el afecto incólume de la amada le cubría de agasajos.

Los días pasaban, punzadores ya, para él; un algo temerosos para ella. El desasosiego fué haciéndose cada vez más vivo é intolerable. Entonces comenzó á sentir una desolada frialdad hacia su mujer. El ardor de antaño trocóse en helado silencio insufrible. No la odiaba; pero tornóse para con ella cortés y adusto. Y hasta dejó de hablarla días enteros, sin que leves remordimientos siquiera cruzaran su espíritu cada vez que leía, cautivo en los ojos de Luisa, el asombro que le motivaba su conducta.

Ella ignoraba el por qué de su rígido comportamiento y, sin hallar á qué atribuirlo, pasaba las horas en melancólicos soliloquios, viendo desvanecerse definitiva y cruelmente su alba de amor. Extrañaba aquel abandono de sequedad contradictoria. El indiferente ya ni la besaba como antes, á su regreso de la calle.

Entre tanto, en la mente de Carlos seguía girando, vertiginoso é insistente, el deseo de embriagarse profundamente, con aquellas sus locuras entusiastas, cuando llegaba á su casa con la aurora. A la hora en que el lechero llamaba á las puertas de los vecinos, regresaba él, los ojos hundidos, rojos, inseguro el paso, mustio su cuerpo todo.

Dormía brutalmente, con pesado sueño, hasta que el ruido áspero del silbato de una fábrica cercana señalaba la hora de rendir el trabajo; levantábase entonces marchito, y, tras largo baño y furiosas fricciones, recobraba de nuevo su cuerpo la habitual soltura y el cerebro su claridad.

Las grisetas y sus amigos guardaban también de esas noches orgiásticas agradables recuerdos. Carlos, embriagado, no era como la generalidad de los borrachos cultos. Sus embriagueces no eran ni taciturnas ni coléricas, ni de aquéllas morbosas impregnadas de mutismos enigmáticos y mortecinos desesperos. Nó; eran borracheras afables, comunicativas y tiernas, con una ternura exhuberante y lúcida; soberana ternura que en el seno de los compañeros se deshojaba en increíbles esplendideces, y diluíase—expansiva y sincera—en el regazo disoluto de sus amigas, quienes conservaban de esas noches pasadas en su compañía complacidas memorias.

Era—en síntesis—un ebrio cordial, cuya increíble amenidad surgía de su vicioso temperamento como la extraordinaria flor de una planta que brotase del seno de una semilla podrida.

* * *

El reloj de Catedral, pausado y distinto, dejó oír las doce campanadas de la medianoche. La ciudad se había ya entregado al reposo. Hacía un frío intenso que se colaba por persianas y rehendijas. Oíase, distante, el ajetreo ruidoso de los coches sobre los empedrados irregulares. La neblina densa y blanca afluía lentamente del Avila sobre la ciudad en descanso.

Ante la tardanza inesperada de Carlos, su mujer, aquella noche de regocijo nacional, comenzó á sentirse inquieta. Una indefinible angustia vino á penetrarla insensiblemente. Las horas de espera se le fueron agrandando con inconmensurables ansiedades. Parecíale que el tiempo había detenido su curso, y que la soledad la invadía con tétricas incertidumbres; esa soledad de los huérfanos, de los desamparados en exilio, de los inevitablemente tristes. Y á medida que las horas transcurrían fué hallando la realidad de su desconsuelo más desoladora.

La vida que llevaba hoy se le iba tornando insoportable. El abandono de Carlos era cada día mayor. La frialdad ceremoniosa era ya irresistible. Y vió su vida marchita y solitaria, como las praderas lunares.

Pensando melancólicamente en el tardío regreso de su marido, juzgó, desolada, que todo había concluido para ella. El, no contento con la sequedad de que le cubría los días, en adelante ocurriría á otras distracciones y á otros amores frívolos. Se alejaría del hogar quizás para siempre. Y todo por qué? A qué obedecería tan tremendo fastidio? Bien sabía ella que los maridos en lo general no rinden toda la vida á sus mujeres el cándido homenaje de los días iniciales, pero siquiera conservaban por algún tiempo una tibia dulcedumbre, ya que no imperecedera, pues los pasionales trasportes y dulces arrebatos de la luna de miel inevitablemente se ahogan en las intimidades saboreadas y repetidas, las cuales, á su vez, más tarde, se truecan en paternales delicadezas para con los hijos.

El suyo habíase aburrido más pronto que ninguno. Apenas si le lograron cautivar los primeros halagos efímeros. Los tres meses conyugales bien veía ahora que le pesaban atrozmente. Nunca presintió la desconsoladora existencia que sobrellevaba hoy, olvidada, recluida, cuando su juventud reclamaba los besos fervorosos y las encantadores y risueñas ol-



VISTA DE SANTA-ANA, TRUJILLO - (Donde se decretó una pirámide en conmemoración de la entrevista que allí hubo entre Bolivar y Morillo)

DIGITAL UCAB

curas de los enamorados maridos jóvenes. De todo el jardín que ofrece el amor, á ella sólo habíale tocado un pobre ramo de rosas anémicas. Y se sentía languidecer en su soledad como una joya empolvada en su estuche, como una flor descuidada en el tiesto, sin sol, ansiosa de azul y de aurora.

***

El clarín de los gallos acordes y vibrantes le indicó el lento avance de la madrugada. Un reloj próximo clavó en el silencio de la alta noche sus campanadas enérgicas. Sordamente, vivo más luégo, el rodar de un coche avanzaba por la calle empavimentada de concreto. Si fuese él!

Abrigada en su chal de lana, entreabrió cuidadosa y agitada el cristal del balcón. Era él en efecto. Lo vió despedir al cochero con un vago gesto y le oyó después subir lentamente las escaleras. Permaneció arrimada y cohibida á la ventana. Para qué salirle al encuentro? De fijo que no la procuraría y, sin cuidado, marcharíase al lecho ¡el indiferente!

Qué deliciosa parecióle su voz cuando oyó que repetía su nombre en solicitud suya por las habitaciones contiguas. Aquello fuele inusitado y emocional. «Luisa»... «Luisa»... La voz de su marido se oía suave, con un timbre de cariñosa complacencia.

Por fin apareció Carlos á la puerta del salón.

—Qué haces oculta ahí? Te creía dormida ya. Vámonos...

Y acercóse, para dejarle en la boca florida y trémula un beso muy largo, exquisito.

Y la atraía, cariñosamente.

Fue en ese momento cuando observó la encendida alteración de su cara, el brillo singular de sus ojos y la vacilante pereza de sus pasos. Al mismo tiempo, una repulsiva y turbadora ráfaga de licor brotaba de él, junto con las palabras arrulladoras y los besos prolijos.

Su marido venía borracho!

Qué derrumbe verificóse en su espíritu. Bochorno intenso y airado la poseyó. Sintió una dolorosa repulsión hacia él. Recordó la tarde en que el incidente del ebrio callejero les deshizo el coloquio y comprendió, desilusionada, el por qué de aquel subitáneo silencio suyo. Su marido un borracho también!

Con rapidez desconcertante, aflictivas sensaciones contrarias la dominaron. Veíale indigno bajo la mancilla de su embriaguez locuaz, y encantador á la vez, como en sus primeros días de amor, con sus acariciantes y desordenadas palabras dulcísimas.

Ante aquel desborde afectuoso pensó que la suerte se había apiadado de su soledad; si bien le devolvía á su marido en qué lamentable circunstancia. Ella que tánto despreciaba á los ebrios. Pero nó; él no era como los otros. Acaso no habría podido esquivar la perniciosa invitación de un amigo. Mañana se avergonzaría de su conducta, y ella—gozosa—le perdonaría, así como él ya no tendría tampoco más frialdades para con ella; y el interrumpido alborozo se reanudaría como nunca delicioso y ardiente.

Todo esto razonó veloz en su sorprendida imaginación, y—mujer siempre—dióse al encanto y desazón de aquellos besos saturados de licor y de amor, en esa noche salpicada de deliquios y angustias.

***

Pero en los días que se sucedieron la actitud de Carlos fue la misma invariable y apática anterior.

El castillo ilusorio que Luisa erigiera en su anhelo de perdonar y de amar, derrumbóse al instante, como todo humano ensueño.

Vinieron luégo los días de inexorables lasitudes, las horas amargas, desdeñosas, de soledad y de mutismo. Perdió su volubilidad ingenua y coqueta de otros tiempos en aquel abismo, desesperante como el Enigma, y languidecía—grave y suave—bajo el peso del inacabable curso del tiempo.

Para distraerse de su frecuente cuita, asomábase, por las tardes, al balcón, abierto al paisaje como una gran pupila, y sus miradas se perdían en las lontananzas azules de los cerros erguidos, de lo-

mos robustos, y se engolfaban en el fresco verdor de las colinas primaverales. Desde allí, miraba morir la tarde muelle y rósea, y gustaba en la paz de aquella contemplación un refrescante bienestar. Los techos rojizos se diseminaban interminablemente, así como el lejano punto blanco de las casitas humildes echadas en el fondo de los barrancos. Sobre los tejados, el sol dejaba bruñidos reflejos, cuando no se mostraban brumosos, vagos los diversos perfiles, en el seno inconsútil de la neblina.

Con infinito afecto gozaba el éxtasis de la tarde muriente, como ella rubia y triste. El abejeo de la ciudad llegaba hasta su ventana con el inquieto rumor del mar. La calle no le merecía una sola mirada. Odiaba aquellas ventanas cuajadas de lindas mujeres que charlaban y reían, desatinadas, que conocían acaso la infausta soledad de su existencia monótona.

Qué bién le hacía la tarde con sus ópalos y sus sinfónicos murmullos en las arboledas. Hundía sus pupilas en las penumbras crepusculares, y veces hubo en que la luna hallóla extática y solemne sumergida en su duelo, arrimada aún al balcón, las miradas errantes.

Fue en otra noche, como aquella imborrable de ternura y de fiebre, cuando sintió semidormida los labios de Carlos sobre los suyos... Pero todas las esperanzas que la visitaron entonces no las abrigó de nuevo. Lúgubre desespero de algo generoso que moría allí mismo con aquel beso repentino hincó la garra cruel en su espíritu; porque vió claramente que el agasajo sin límites que su marido la iba á prodigar provenía tan sólo de su embriaguez.

Y resignóse á su sino.

—Aquella vez también bebió repetidamente, dolida y frenética, la delicia que le brindaba la jubilosa y torpe ebriedad de su amado...

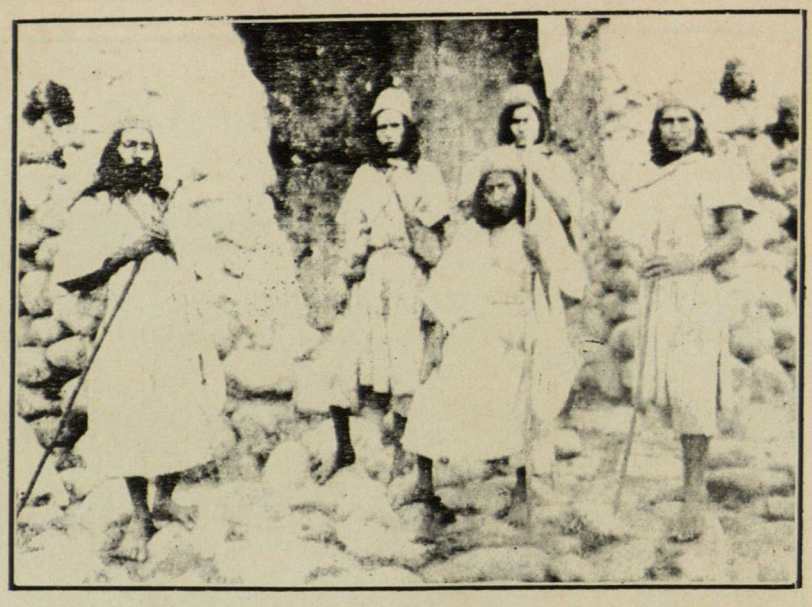
* * *

En el transcurso de ese día, con el fatal convencimiento de que la aguardaban nuevas horas duras de abandono funesto; conociendo que el delirante halago de su marido obedecía únicamente á la eventualidad dolorosa de una embriaguez y viendo que su juventud se marchitaba como una planta descuidada en su tiesto, sedienta de sol y de azul, quiso ser la protagonista de su propia felicidad...

Y venciendo la repugnancia que le inspiraba su intento con la misericordia del amor, más fuerte que el oprobio y el prejuicio mezquino, decidió, en un gesto enamorado y luctuoso, para disfrutar de sus locas ternuras de ebrio, decidió llenarle la copa ella misma... vehemente y aciaga como la heroína de una tragedia griega.

ISMAEL URDANETA.

1910.



INDIOS AMERICANOS: Los indios Arhuacos, de Colombia

DE "LA SOLEDAD SONORA"

—

La tarde llora en sus dolientes transparencias
nostalgias reales. Mecen los cipreses un brillo
verdeoro, preñado de agonías y ausencias.....
este olor de arrayán! este sol amarillo!

El palacio es de oro; es áurea la fragancia;
dorados son los montes.....y el corazón de oro
arrastra por las piedras de la imperial estancia
la dulce pompa lírica de su otoñal tesoro.....

Sueños con alas son las aves del paisaje
y en troncos abrazados con rosas hacen nido.
mientras en un ocaso de harmonía y de encaje
arden ciudades viejas de ilusión y de olvido!

—

El cielo azul endulza las penas y las cosas,
ya pasada la lluvia y ya el trueno lejano,
cuando de la ventana abierta hacia las rosas
surge la voz sonora y limpia de un piano.....

Las manos se refrescan por las mojadas flores
carnosas sobre el tierno verdor de la pradera,
el agua corre más y todos los colores
resucitan en una tardía primavera.

Tras la fronda, el ocaso florece en su agonía;
la hoja seca del cielo, como una rosa, arde;
mientras torna al palacio de su melancolía
el pensamiento, limpio y fresco cual la tarde.

—

Crepúsculo de enero. Un sol divino dora
las palmeras, las torres, los bellos miradores.....
mi corazón sin ella --sin quién?—suspira y llora
entre esta fiesta triste de frío y de colores!

Los caminos con flores! las herbosas callejas
que van al campo, llenas de sol dulce de invierno...
esta confusa historia de vaguedades viejas
que se irisan á un sol que viene de lo eterno!

Perdido entre mis rosas de invierno, yo dormía...
mas hoy siento nostalgia de carnes y de cosas .....
estoy triste del sol en la cristalería!
ya no tengo bastante con las divinas rosas!

DE "ELEGIAS LAMENTABLES"

—

Esta espectral fijeza del sol en los verdores,
este soñar del agua llena de hojas caídas,
el vuelo de estas mariposas de colores
fúnebres, por las solitarias arenidas!

El nacer de una hierba enferma, por las piedras
de las ruinas, de las fuentes, de las fosas,
las paredes á norte, verdes de obscuras hiedras,
y la nostalgia perfumada de las rosas!

Un suspirar por algo encantado y distante,
por algo más que no se encuentra y que se ignora,
presentimientos tristes en cielos de diamante,
una mujer que olvida y un poeta que llora.....

—

Sobre la calle en sol de siesta y de verano,
calle sola y con hierba de la ciudad atlántica,
en el aire del mar, llora un triste piano
una canción criolla, plañidera y romántica.....

En el ocaso hay dorados espejismos,
los miradores abren sus fiestas de cristales.....
vienen de un jardín verde, poblado de lirismos,
esencias penetrantes de flores estivales.....

Las vísperas. El agua blanca brilla á lo lejos....
La tarde es todo amor.....En las hondas moradas
duermen, soñando, los enfermos y los viejos,
con sexos negros ó con bocas encarnadas.....

—

Aun, esta noche, yerra por mi barba de oro
el perfume suave de su carne de encanto.....
el cielo estaba gris...y yo besé el tesoro
de su belleza y de su amor y de su llanto.

Primavera doliente que te vas— cómo, adónde—
en un derrumbamiento de gracia matutina!
se mustiará la boca romántica, que esconde
en su sangre la esencia de la flora divina!

Y tu jardín, oh, pobre poeta! será un triste
parque oxidado y turbio, sin más flor que su calma,
y pasarás y nada vendrá, de lo que existe,
á poner una rosa ó una boca en tu alma!

JUAN R. JIMÉNEZ.

LECONTE DE LISLE

POR

LUCIEN MUHLFELD

—

Traducción de JOSÉ AUSTRIA

—

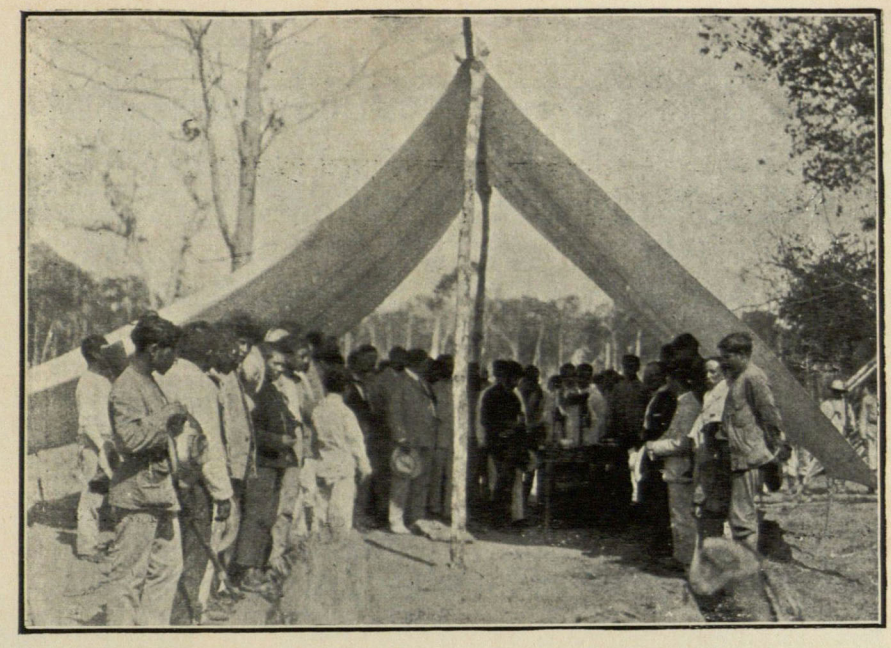
La muerte del ilustre poeta Leconte de Lisle fue un pretexto suficiente para hablar del gusto con que se ha visto su obra, para analizar su genio, para citar sus más violentas humoradas. Digo un *pretexto*, porque las razones que se tiene para escribir sobre tal ó cual objeto en la prensa, son inmediatamente, puerilmente, ordenadas por las exigencias de actualidad», como ha dicho el *Petit Journal*. Y esto es perfectamente imbécil. Comprendo muy bien que una nota el primer día de duelo, una noticia hecha á media noche y dictada á los tipógrafos entre el ruido de las máquinas, es preciosa para las conversaciones en la comida del día siguiente. Desde el medio día, el portero mismo está enterado, tiene datos. Pero el grande artículo, el estudio serio de Revista, ¿está acaso comprendido en el entierro de primera clase, con las flores de Vaillant-Rogeau y los cantantes de San Gervasio? ¿Por qué no se escribió ese artículo cinco años antes? Esta anticipación hubiera tenido la ventaja de producir algún placer al venerable bibliotecario del Senado. Si en este momento de la muerte del gran poeta, yo tengo más gusto en escribir acerca de Duranty, es decir, de un cualquiera otro, ¿por qué la obligación de consagrarme al autor de los *Poemas Trágicos?*

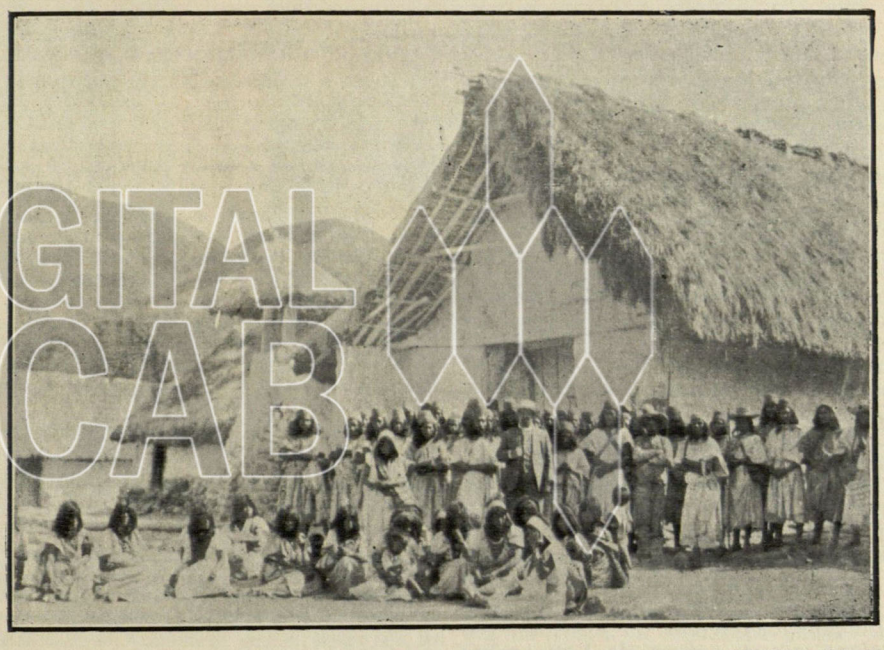
Así pues, tuve poco que decir esa mañana.

Ha venido ya á ser un *ismo* el reconocer cuán poco fría era su serenidad: fastidia ya, y con razón, compararle á un mármol. «Tal fue este impasible» exclamaba irónicamente mi maestro Heredia, después de haber explicado la naturaleza apasionada de Leconte de Lisle. Pero en Heredia mismo encontramos á cada paso versos llenos de pasión intensa. Y fácilmente se haría el propio descubrimiento en todos los parnasianos—salvo en Sully-Prud'homme: pero los versos de este parnasiano ¿son de mármol ó de gelatina?

Y tal descubrimiento, ¿qué significaría? ¿Por ventura que todos los espíritus críticos se hubieran equivocado cuando caracterizaban por la impasibilidad los «cavadores» cuyos nombres y signo especial figuraban en las cubiertas de las ediciones de Lemerre? De ninguna manera. Con aquel término se daba á entender otra cosa: significaba que la éra de los delirios clásicos y románticos estaba definitivamente cerrada. La emoción es tangible en Mendés, en Dierx, aun en Ricart, tan bien como en los hermanos Deschamps, en Beranger, en Musset. Solamente que está expresada de otro modo. El resultado del arte no es ya un bello desorden: es, al contrario, la fórmula armoniosa é inteligible. Hemos advertido que no es difícil ni muy interesante, dar vagidos como éste:

Punition!—De quoi? Pourquoi? Qu'a fait la brute?
Qu'ont à voir éthers, les mers dans cette chute?
.....Quoi! Depuis ce temps—là! Jamais calmé! Jamais
Fléchi! Jamais touché..... .....





INDIOS AMERICANOS - 1. Fiesta religiosa de los catequistas entre los indios arhuacos. Departamento del Magdalena, Colombia. 2. Tribu de los arhuacos.

Entre paréntesis: estos versos no son de Hugo, son de Strada. Los buenos poetas han renunciado ya á esta versificación llena de exclamaciones y puntos suspensivos, descosida, desordenada como la dicción de Mounet-Sully. Ya era impasible Gautier, á pesar de sus lágrimas, cuando escribía en los *Joujoux de la Morte:*

La petite Marie est morte,
Et son cercueil est si peu long
Qu'il tient sous les bras qui l'emporte
Comme un étui de violon;

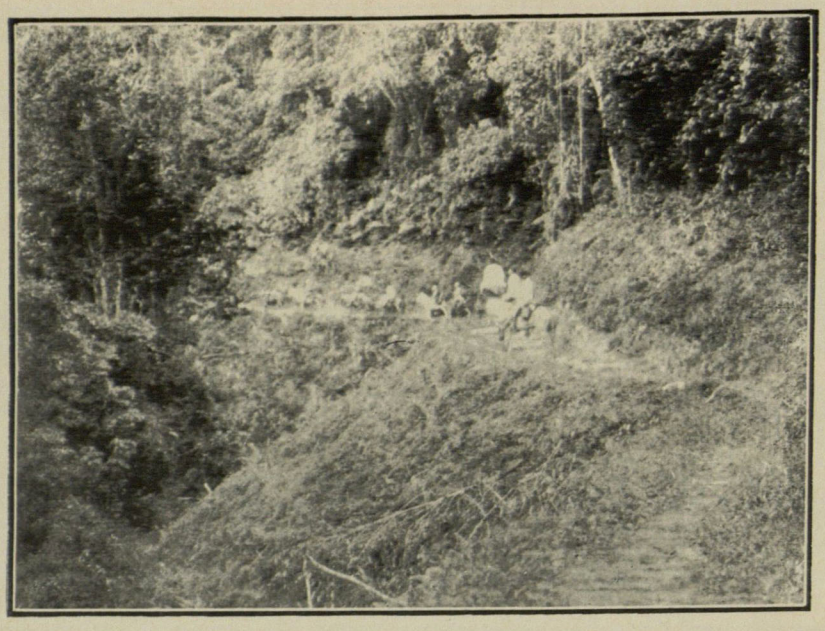
ó en los *Vieux de la Vieille:*

Si leurs mains tremblent, c'est sans doute
Du froid de la Bérésina,
Et s'ils boîtent, c'est que la route
Est longue du Caire á Vilna.

Ya no temblaba la pluma de Baudelaire, cuando se lamentaba sobre la moribunda armonía del *Portrait:*

La maladie et la mort font des cendres
De tout le feu qui por nous flamboya,
De ces grands yeux si fervents et si tendres,
De cette bouche où mon cœur se noya.

Así pues, antes de Leconte de Lisle se había encontrado el arte de conmoverse y de conmover sin gestos. Sólo que en este poeta que hemos perdido, es más sensible ese arte, por lo remoto, por lo retrospectivo, por lo exótico de sus asuntos. Lo antiguo para él no era sino un velo ingenioso y sabio con que vestía su sensibilidad. Sin duda, tenía horror al cristianismo pero no comprendía mucho el helenismo. Chenier, á quien se le debe—tardía reparación—erigir una estatua, Chenier, uno de los más grandes *prosadores* franceses, como Lamartine es uno de nuestros más bellos *oradores,* ha revelado en algunas de sus obras en verso, un sentimiento mucho más vivo de la belleza griega. Y aun respecto de Chenier, como res-



Carretera construída por la tribu de los arhuacos. Departamento del Magdalena, Colombia.

pecto de todo el mundo, es necesario hacer algunas reservas. El sentimiento griego es imitar la concisión de Esquilo y las gracias de la Antología. Esquilo hizo admirables libretos para ópera: dudo que nosotros gustemos su sabor exacto. Cuanto á la Antología, estoy seguro de que no la comprendemos. Se imagina una serie de pequeños poemas, graciosos, preciosos, labrados, «como las copas que Teócrito daba en premio á sus pastores» dice Sainte-Beuve. Lo más á menudo no son sino pequeños trozos familiares y realistas. Desconfiemos de pretender asir el encanto griego.....

Quédale á Leconte de Lisle el haber compuesto versos admirables, lo cual es la sola obra que podemos pedir al poeta: de haberlos hecho, no solamente con alma, con inteligencia, con maestría, sino también con esa rara lealtad de hombre, que tan justamente se elogia sobre su tumba. Se habla menos de lo cáustico que era. Y sin embargo, palabras suyas acerca de Loti, sobre Boissier, fueron terribles. Lejos de pensar que Boissier debía enterrarlo, hablar, y hablar de manera muy desgraciada, en sus exequias, le había compuesto este breve epitafio.

Ci-git Boissier, ce vieux raseur,
Plus connu comme confiseur.

Pero la bondad implica el menosprecio de los pedantes: es una justicia rendida á los modestos. Y nadie mejor que Leconte de Lisle fue «el buen poeta» como lo definió, creo, Racine: «Un buen padre de familia que hace bellos versos».

VAGUEDADES

—

Deletreos de armonía
Que ensaya inexperta mano.
Hastío. Cacofonía
Del sempiterno piano
Que yo de niño escuchaba,
Soñando no sé con qué....
Con algo que no llegaba,
Todo lo que ya se fué....

ANTONIO MACHADO.

EL AÑO NUEVO EN LAS SMALAS

—

En el punto extremo de la frontera marroquí, velan *smalas* de saphis indígenas, entre otras las de Mhabas y de Medjahed.

Se sabe que las smalas son puéstos de observación colocados de modo que desde ellos se pueda vigilar una gran extensión de la comarca. A la primera señal de alarma son estas tropas, naturalmente, las que marchan primero.

El Saphi, soldado avaro y celoso, gana 1 franco 50 céntimos diarios, pero solamente cuando cuenta ya cuatro años de servicio; y en ocasiones lo acompañan bajo su tienda su anciana madre, su viejo padre, su mujer y varios hijos.

Los saphis celibatarios duermen en el cuartel; pero aquellos que son bastante ricos para tener mujeres construyen su aldea cerca de la smala. Campamento sórdido, compuesto de algunas tiendas de pelo de camello, en desorden y libertad que recuerda á los primitivos nómades.

Las smalas están llenas de niños á quienes se llama *muchachos*. Y viendo cómo tántos pequeñuelos se extasían en esta semana, á lo largo de los bulevares, ante los juguetes maravillosos, fue como se me ocurrió la idea de hablaros de estos infelices muchachos.

Niños que acabáis de recibir vuestros aguinaldos, niños felices, niños ricos, sabed que tenéis camaradas lejanos, allá en las tristes fronteras de Marruecos, «compatriotas» salvajes que os envidian, y que no tendrán por regalos este año que corre, más que estrépito de guerra, ni otro juego durante esta semana, que limpiar el fusil y el sable de su «papá».

Estos muchachos son graciosos é inteligentes como los nuestros. Por regla general, hasta los trece ó catorce años, el niño árabe supera al niño francés. Cuando llega á esta edad, la raza lo recoge y toma para sí, y entonces se detiene en su desenvolvimiento. Esto es brusco como un choque. Pero desde su nacimiento hasta su juventud el muchacho es verdaderamente encantador, y lo que más nos agrada, en su menuda persona, es que se adivina que ha padecido mucho durante largo tiempo, sin quejarse jamás.

Apenas ha nacido cuando su madre lo envuelve en una tela de lana y se lo echa á la espalda. Y mientras la madre trabaja, el muchacho, adaptado á aquella máquina insensible, es presa de los insectos y del sol.

Antes de que le haya apuntado el primer diente, ya está sometido al régimen de la galleta de soldado y del alcuzcuz. Moja en este líquido su pedazo de pan, como si fuera un brigadier. Si resiste á este régimen es porque está resuelto á vivir. Y en ese caso, con sólo soportarlo habrá visto verdaderamente muchas cosas.

Habrá visto á muchos de sus camaradas que antes de la edad de dos años abandonan la vida.

La madre se iba á lavar la ropa con un diablillo riente á la espalda, y regresaba con un niño enfermo, con fiebre. Llena de inquietud, se lo lleva al «marabut», el cual para curarlo, lo extiende sobre una sábana y se sienta ante una bujía encendida. Pero este remedio no cura á nadie. Y ya el muchacho de la smala conoce esas bujías. Cuando las mira desde lo alto del «bordj», ya sabe que son niños que se están muriendo.

A los cinco años deja el regazo maternal, y desde entonces no conoce más que á su padre, al «bonia», al «papá rojo». El saphi ama á su hijo. Cuando va á la feria de Marnia para hacer moler su escasa cosecha, monta á su hijo en la silla, lo envuelve en uno de los pliegues de su gran manto, y lo ofrece por los caminos á la admiración de aquellos de sus amigos y compañeros que no tienen más que hijas.

Entonces el muchacho empieza sus correrías por el barrio militar. Titubea semidesnudo, envuelto en un «chechia», de una en otra caballeriza, y los buenos caballos al resoplar, le echan en el cuello granos de centeno que le hacen cosquillas. A veces un corneta de guardia se detiene á admirarlo.

El placer del muchacho es ir á bañarse á la acequia, un arroyuelo fresco y límpido, bordado de laureles-rosas, que serpentea al pie de la montaña. O bien, si acaso va á las bodas de Fátima comerá alcuzcuz que huele á mantequilla. El muchacho, esa noche, sueña el mejor de sus sueños: sueña que no tiene hambre.

Otras alegrías de aquel desheredado: agavilla heno ó corta centeno. Si su padre es condenado á prisión, él le llevará el alcuzcuz. Por último, si tiene mucha suerte verá de cerca un entierro.

Pero la fiesta de sus ojos, el éxtasis de su corazón es el «aissana»..... Un hombre que se dirigía á Marruecos llegó un día hasta la aldea. Para pagar el que se le ofreció, se extirpó un ojo é hizo bailar á una víbora de cuernos.....El «aissana» partió; cayó de nuevo el silencio sobre la llanura y el muchacho no tiene para divertirse más que el viento, el viento que penetra en su fina oreja de animal arisco y le hace más áspera y desapacible su soledad.

El juego.....¿sabe él acaso á los ocho años lo que entienden del otro lado del mar los europeos por esta palabra? Uno de los contados juegos suyos es estar enfermo para ir á acostarse en el «marabut» y mirar cómo «arde la bujía».

Tiritar de fiebre, eso es un juego.....; muere, y acaso si pudiera mirarse morir él propio llamaría eso también un juego. Ví uno que les gritaba á sus camaradas, mientras su madre lo llevaba en carrera al «marabut»:

—Bueno! Bueno! Soy un muchacho enfermo! Fiebre! Treinta y nueve grados! Voy á ver arder la bujía.

Aquél la vió arder íntegra y se salvó! Pocos días después lo encontré en la escuela. Porque los muchachos tienen su escuela francesa, dirigida por un sub-teniente. El convaleciente estaba sentado, todo encogido y los ojos le brillaban en el fondo de las cuencas, como luceros lejanos.

—¿Cómo te llamas?

—El Hadj Kaddur.

—*El Peregrino*, tradújome el sub-teniente.

Instintivamente miramos el espacio, el inmenso cielo, el camino de la eterna peregrinación que el muchacho estuvo á pique de emprender.

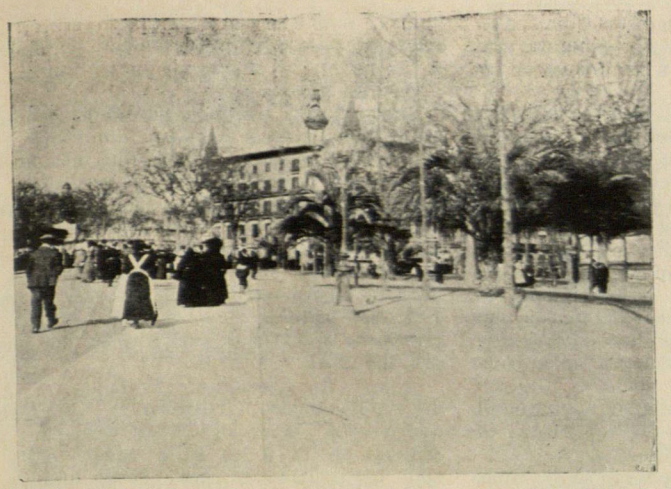
Para divertirlo, se le ordenó resolver un problema. Lo resolvió sin un solo gesto, en voz baja, mirando las cifras que el maestro escribía para él.

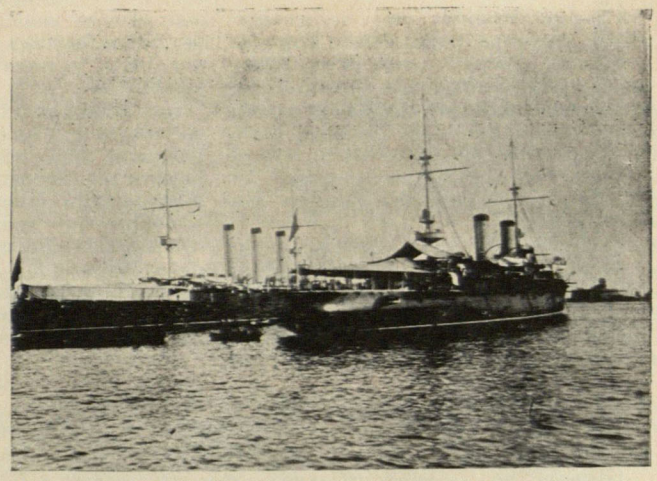
—Bien, bien, muy bien!

***

Buenos muchachos de las smalas que no conocen, apenas nacidos, más que la soledad y la fiebre. En la época del año que va de junio á noviembre la fiebre asuela sus comarcas. Durante cuatro meses el paludismo entierra á los hijos de los saphis unos sobre otros, envueltos en sus mantos blancos, con la cabeza vuelta hacia el oriente. Durante estos cuatro meses ¡cuántas piedras blancas no se erigen alrededor de la aldea, y en el jardín del «marabut», en el fondo del valle, cuántas bujías no se encienden!.....

GEORGE D'ESPARBES.









BARCELONA (España): **1.** Plaza de Cataluña.—**2.** Los buques de guerra *Carlos Quinto* y *Princesa de Asturias* fondeados en el puerto.—**3.** El convento y escuelas de los Padres Escolapios, destruídos por las turbas durante los últimos disturbios.—**4.** Fiesta del Domingo de Ramos.

Fot. P. Corvé para El Cojo Ilustrado

TAL PARA CUAL

—

A mi amigo Ramón Ruiz Miranda

Marina Venezolana.—Crucero *General Bermúdez*.—En el mar: 10 de agosto de 1935.

«Mía:

Esos ojos tuyos, tan grandes, tan negros, tan profundos; tu boca pequeñita y roja como una guinda que dice:—«cómeme»—; la tez casi transparente de tu cara, de tus manos, de tus brazos, de tu pecho, todo eso que he contemplado absorto en el jardín de tu casa, sentados en nuestro banco predilecto, bajo el tupido follaje de la enredadera, todo eso, Mía, me hace falta.

Te recuerdo con mayor vehemencia durante las eternas y silenciosas horas de mi guardia sobre el puente, y te veo en todas partes donde pongo los ojos... De entre la espuma que corona la ola que lame el casco del crucero, paréceme, en ocasiones, que surges, y sacas del agua medio cuerpo desnudo, y oigo que me hablas con aquel acento tuyo, tembloroso, con ribetes de cansancio, aquel acento tenue, como la nota grave y sostenida de un violín á la sordina. Te veo radiante cruzar el espacio, cabalgando en una nube perfilada en plata por los rayos pálidos de Venus que llevamos en proa, ó por los más intensos de la luna, cuando asoma su media circunferencia, allá, en el desvanecido hervir de nuestra estela...

Y te amo más que nunca, Mía, y maldigo mil veces esta guerra imbécil que nos ha separado y nos separará quién sabe por cuánto tiempo.

Huye del sol. Te quiero blanca, sin manchas amarillentas que rompan la armonía nacarada de tu piel suavísima y tersa como la de un guante de gamuza... Recorre de noche el jardín, despacio y sin sombrero. El aire que allí respirábamos juntos, jugará con las largas hebras de tus cabellos castaños, como solían hacerlo mis dedos, cuando se entretenían en despeinarte, al compás de tus risas argentinas y del parpadeo de tus grandes, negros y profundos ojos, cuyas largas, negras y sedosas pestañas cosquilleaban mi frente....

Te acuerdas, di, te acuerdas, Mía?

Sé bella: bellísima siempre. No cambies nunca, y si eso piensas, sé todavía más hermosa, y te amaré más, si fuere posible...

....

Mañana llegaremos al Golfo de Cariaco. Allí desembarcará la Infantería de Marina y una Batería de tiro rápido al mando del coronel Cazorla, que es un asno, pero valiente, y temo que lo empelote todo. No se lo que está pensando el Ministerio. En estos casos no debe haber favoritismos. La guerra no se hace ni con cuñados, ni con primos; se hace con militares y el Coronel no lo es. Pasará lo que en Carúpano que, á no ser por los de mar que llegamos á tiempo, los derrotan.

Ignoro las órdenes de nuestro Comandante, y si hemos de anclar en el Golfo ó si seguimos á Coro á buscar el Cuerpo de Ejército del General Pachano, á quien suponen muy organizado, pues tú sabes lo eficaz y acucioso, lo activo y, sobre todo, lo soldado que es.

La flota enemiga, con sus nueve unidades, bloquea las Bocas del Orinoco y tiene embotellados los seis torpederos que se llevó Solís para Apure, aquel Solís, Capitán de Navío que conocimos en el baile del Gobernador, que bailaba tan apretado y á quien, á cada rato, se le caía el monóculo, mi buen amigo de siempre. Si Solís consigue burlar la vigilancia del enemigo, se unirá á nosotros, y con sus seis *conchas*, este crucero, el acorazado Almirante que espera en La Guaira la llegada de nuestro Jefe, el viejo Valenzuela, á quien no acaban de despachar en Miraflores, el *dreadnought*—«*Bolívar*»—que está en Guanta y el que está en Carenero haciendo carbón, forzaremos el bloqueo y el encuentro decidirá este asunto, y sabremos definitivamente si es Colombia ó es Venezuela la que manda en los Andes.

Ya te avisaré todo esto á tiempo, pero puedes estar segura de que, lo que es á mí, no me pegará bala; ya ellas me conocen y saben que no me entra ni coquito.

Gracias á tu buen padre, y á su prodigiosa inteligencia, pudieron ustedes irse para Trinidad antes de que nuestro Ministro en Santa Fe recibiera sus pasaportes, y así se salvaron de las calamidades que azotan á Caracas. Fiebre y disentería se dan allí la mano. Claro; doce mil hombres que trajo de Falcón el General Arráiz, aparte los veinte mil más de la guarnición, sin acampar fuera de poblado, son la causa de tánto desastre.

Supongo que pasado mañana saldrá Cazorla con la gente y los *escupidores* á reforzar al General Pelayo en sus posiciones de Areo que, á estas horas, comenzamos á ver en el horizonte.

Si el enemigo se mueve de Yaguaraparo, Irapa y Güiria sobre Carúpano, vía del Pilar, se tropezará con el Generalísimo Solano

que le espera tendido, cual un enorme boa desde Carúpano hasta Caño Ajíes por San José de Cariaquito, Cerro Areo, Catuaro, San Agustín, Guanaguana, Maturín, etc.

Los colombianos no pasarán de los Andes. El viejo General Rocamora los tiene encerrados y va cada día estrechando más el anillo hasta reducirlos á una sola plaza. El sabe de eso. Acuérdate del sitio de San Cristóbal.

Como el resto de nuestra Armada, el *General Ribas*, el *Junín*, el *Carabobo* y el *24 de Julio* bombardean á Santa Marta, Puerto Colombia y Cartagena, los granadinos tienen las manos llenas y no pueden sacar más tropas invasoras. Han jugado el resto en la parada de Oriente.

Adiós, mi vida, sé bella, muy bella siempre y bésame.

Te adoro,

RICARDO».

....

The Rocks.—St. Clare.—Puerto España: agosto 20 de 1935.

«Ricardo mío:

Me abruma una pesadumbre. No lo puedo evitar. Es una obsesión que se ha apoderado de mí con la lectura de tu última carta, y me mortifica tánto, tantísimo, que mucho del placer que me produjo su primera parte, ha ido poco á poco adquiriendo un sabor amargo que lo ha destruido todo dejando, en cambio, una inquietud, una opresión en mi alma, que no desaparecerá sino cuando me vuelvas á escribir contestándome las preguntas que te voy á hacer.

Oye, Ricardo.

Tú me quieres, vida mía, verdad? Me quieres como yo á ti, por sobre todo, por encima de todos los cariños y ambiciones de este mundo. Me quieres más que á tu honor, más que á tu patria, más que á tu vida, no es verdad, Ricardo mío?

Pero por qué me quieres? Díme, por qué? Tu me has dicho muchas, pero muchísimas veces que soy inteligente, y he visto brillar en tus ojos un relámpago de orgullo, delator de tu satisfacción al saberme toda tuya, así inteligente, como dices que soy.

Cuando ha llegado el caso de hablar con uno de esos señorones de los círculos científicos, amigos de papá, y he discutido con ellos más ó menos con éxito, te he visto sonreir, y reflejarse en tu cara, bronceada por nuestro sol ardiente, una claridad que nace de tu espíritu y que dice mucho del concepto en que me tienes, y te veo alegre, satisfecho, otra vez orgulloso de ser yo tu prometida.

Cuando admiras un cuadro mío ó un traje hecho por mí; cuando al parecer indiferente oyes que dispongo el orden de esta casa, y me miras, se me ocurre pensar que te agrada ver en mí reunidas también esas cualidades de mujer culta, hacendosa y casera.

Díme, Ricardo, tengo razón, me he equivocado?

No puedo negarte que me siento hermosa. Mis ojos me lo dicen y el espejo me lo confirma. Amo el Arte y lo entiendo suficientemente para saber que los lineamientos de mi sér físico armonizan al grado de producir juntos lo que tu llamas, en tu lenguaje característico:—«el disloque».—Negar eso, como cualquier chiquilla que conversa en su vocabulario de escuela con algún pisaverde del Círculo de Aviación de «El Paraíso», sería una necedad que tú me reprocharías.

Pero Ricardo, Ricardo mío, tengo yo la culpa de ser hermosa? Me lo debo á mí misma?

La belleza física es un accidente ajeno á la voluntad, extraño al carácter. Se admira, porque lo bello, en cualquier forma que sea, casi siempre conmueve ciertas fibras, ciertas celdas inefables del —«yo»—inmortal que nos dirige, y nos obliga á contemplarlo boquiabiertos.

La belleza, á mi modo de ver, la belleza en una mujer, quiero decir, sirve como de puente al amor que nace al topársela un hombre impresionable, puente que, cuando se cruza para internarse paso á paso por los laberintos que forman las dotes morales y otras prendas de esa mujer, pierde bastante de su importancia primitiva, ante el acervo de condiciones que son, si se quiere, de mayor peso y de más necesidad en la vida de dos séres que se unen para vivir juntos.

Me ordenas que sea siempre bella, como temeroso de que al dejar de serlo, tu amor, tu apasionamiento avasallador se esfumen, como si fueran lejanías de un cuadro de Tito Salas.

Temo creer que mi belleza es lo único que amas en mí; sufro, me inquieto, me alarmo por eso, Ricardo mío, y me espanta pensar en la vejez y en el desgaste natural y lógico que traen consigo las conmociones á que está expuesto el cuerpo de una mujer que se casa.

Tengo razón para alarmarme? Di, Ricardo, me querrás vieja y arrugada también? Dí, dí, dí, y apiádate de mi alma que sufre, porque alguien le sopla que sé yo cuántas maldades al oído que me hacen llorar de tristeza, de infinita tristeza que no quiero se me convierta en decepción. Nó, nó, y nó....

No tengo el espíritu para hablarte de la guerra con el entusiasmo que deseas. Temo por tí y ese miedo tremendo que me domina, cuarta mis facultades.

Sólo te diré que el Capitán Solís llegó ayer aquí. Se presentó en casa, vestido de blanco, con un brazo en cabestrillo, el izquierdo, lo que lo obliga á estarse quieto y á dejarse el monóculo clavado en el ojo, en vez de distraerse con su eterno jueguito de quita y pon que me pone tan nerviosa. Dice que pasó sin novedad la flota bloqueadora, pero eso es mentira. El brazo herido te lo prueba. Tú sabes lo enemigo que es del bombo y de las alabanzas. Los periódicos cuentan maravillas de él y de sus hombres durante los momentos que duró el paso de la línea y hablan de las privaciones que sufrieron entre San Félix y las Bocas. Dejó los buques escondidos no sé dónde, por aquello de la neutralidad inglesa, y espera recibir órdenes por Marconi, y está deseoso de verte.

No olvides contestar mis preguntas, Ricardo mío... ó nó, mejor es que no me contestes nada, nada, nada. Miénteme más bien, quiere seguir viviendo *bellísima*,

Tu

ELVIRA».

.. ..

Estados Unidos de Venezuela.—Hospital Militar de Barcelona, Octubre 16 de 1935.

«Mía:

Por la carta que has debido recibir de tu hermano, fechada al día siguiente del combate del Golfo de Paria, sabrás que triunfamos gloriosamente. Además, ya habrás leído también en los diarios de Puerto España y quizás en los de Caracas, los detalles de aquel formidable encuentro, y digo formidable, porque el valor, el coraje, la gallardía de los marinos colombianos no ha tenido ejemplo en la historia.

Te acuerdas de las descripciones de la guerra ruso-japonesa que leíamos en el libro de Paco Altuna? Pues esas fueron tortas y pan pintado comparadas con lo que hicieron los colombianos. Aquello era de verse. Qué arrojo, qué heroísmo.... Lo que más bello me pareció fue el hundimiento del «*Nariño*», con banderas al tope y la banda, la oficialidad y la tropa, *firmes*, como en parada, entonando el Himno Nacional de Colombia, mientras que el hermoso crucero se sumergía lenta y majestuosamente en el oleaje turbulento que se tragaba tanta grandeza....

Maldita guerra.

Luégo que se nos incorporó Solís con despachos de Caracas, asomó el Almirante Valenzuela y después, cuatro días más tarde, llegaron las unidades que bombardeaban la costa colombiana del Atlántico. Nos reunimos, pues, por todo, el «*Bermúdez*», el acorazado Almirante, los dos *dreadnoughts*, los tres cruceros que peleaban en Colombia y los seis torpederos de Solís, y nos hicimos á la mar sobre la flota enemiga, que ya se preparaba á marchar para libertar sus puertos del Norte.

Aquello fue el acabóse...¿Trafalgar...? Ahí me las den todas. ¿Tushima...? Ca...Había que vernos. Casi abordados, peleando con cañones de 12 y de 16 á media milla.... Qué barbaridad...El peso en el número y nuestra puntería, gracias á la escuela naval que decretó el mil veces bendito Congreso de 1910, nos dieron la victoria.

El barco que no se hundió, quedó prisionero. Pobre Colombia....Pero, en fin, la guerra se acabó, al menos por mar. Ahora sólo falta saber qué resulta del armisticio, y si se le concede la libertad que pide el Ejército Colombiano que está en la Península de Paria sin saber para dónde coger. Creo que no lo harán hasta que los invasores de los Andes no desocupen nuestro territorio.

El General Mutis Urquiola, santanderino, pide que se le deje embarcar en Carúpano con armas y bagajes, á tambor batiente y banderas desplegadas, ó, de lo contrario, quemará el último cartucho y no dejará atrás sino cadáveres. Muy bello, pero criminal, después de todo.

Afortunadamente, el que negocia este asunto es el Presidente de la República, de otro modo ya estarían rompiéndose las cabezas de nuevo, y digo rompiéndose, porque lo que soy yo no puedo entrar en servicio por ahora. Una granada estalló en el puente del *Bermúdez* y un pedazo de hierro me hirió en la cabeza dejándome con vida de milagro. Ya estoy convaleciente y me han permitido escribirte. Lo hago con alguna incomodidad, porque el cuarto está oscuro, á pesar de que son las tres de la tarde y ambas ventanas están abiertas; supongo que habrá nubarrones é irá á llover.

No seas tonta, Mía. Te quiero siempre con el alma, con mis sentidos, pero sé bella, Mía, que la belleza tuya es para mí el acicate de mi vida.

Me han ascendido á Capitán de Navío. El Decreto salió junto con la licencia de convaleciente de que habla la «Gaceta» y me embarco con el resto de los «acribillados» en el transporte *Santa Inés* para La Guaira y de ahí seguir luégo á Caracas. Cuando me den de alta estos benditos médicos, y si la guerra se ha terminado de un todo, iré á Puerto España, y entonces, Mía, á casarnos.....

Hasta la vista. Te doy mil besos por cada beso tuyo.

RICARDO.

P. S.—El pobre Solís murió de tétano.

Vale.»

....

Traducción de *The Mirror* de Puerto España

—

«Anoche á las 12, cuando la ciudad dor-«mía, el Cuerpo de Bomberos de St. Clare «salió precipitadamente respondiendo á una «señal de alarma recibida por teléfono. La «elegante casa-quinta del caballero venezo-«lano señor D. Guillermo Téllez, sucumbía «presa de las llamas de un voraz incendio «que comenzó en las caballerizas, según in-«formes que tiene la policía. Es de lamen-

«tarse que la señorita Elvira, la bellísima «hija del acaudalado venezolano que es nues«tro huésped distinguido, fuera víctima de «crueles quemaduras en el rostro y que hoy «la tienen postrada en el hospital particular «del Doctor Swinton. Su estado es grave, «pero se nos asegura que la vida no corre «riesgo Deseamos, etc., etc., etc.»

.....

Gran Hotel de «El Paraíso»—Caracas: 5 de noviembre de 1935.

«Mía:

Te extrañará sin duda que tu hermano sea quien escriba esta carta. Aunque estoy fuera del hospital, no me permiten todavía ocuparme de nada. Temen *aún* por mí..... Qué majadería.

En el próximo correo del 10 nos embarcamos tu hermano Alberto y yo para Trinidad. Quiero que le digas á tu padre que venga *él solo* á bordo. Espérame tú en la quinta. No estoy del todo bien y tu presencia, así de golpe, me emocionaría demasiado.

Mi bella, mi bellísima Elvira, qué dirás cuando me veas? Me amarás como antes?

Nos casaremos una semana después de mi llegada, *si así lo deseas*, pero sin pompa, sin derroche, sin nada de eso que tú querías para celebrar nuestra boda.

Hasta la vista, qué digo, mi pobre Elvira, *hasta pronto*, nada más.

Te besa apasionadamente los ojos que *hoy son más míos que nunca*.

Tuyo,

RICARDO».

.....

Queen's Park Hotel. — Puerto España: noviembre 5 de 1935.

«Ricardo:

No sé por dónde empezar esta carta. La pluma se resiste á poner en este papel desapiadado lo que mi cobardía me obliga á revelarte. Digo mal. Más bien es honradez que cobardía.

Valor, Ricardo mío.

Tu Elvira ya no puede ser tu esposa. Tu Elvira ya no es la bellísima Elvira de tus amores. Tu Elvira fué, vida mía.....

El fuego que destruyó nuestra casa y del cual no te habrán enterado en el hospital, ese fuego malvado acabó con aquella cara que tú solías acariciar con tus labios, bajo la enredadera, en el silencio de aquellas noches estrelladas, entre el perfume de las flores.....

Me ví al espejo ayer, cuando me quitaron los vendajes y, ay.....Ricardo de mi alma, me eché á llorar..... No conservo de lo que tú adorabas sino la sombra trágica.....La cara nada más ha sufrido, pero la cara Ricardo, la cara Dios mío, la cara es todo, todo.....

No me verás más. Papá y yo salimos para Suiza el 15. No me sigas, te lo suplico. Nada en el mundo me podrá obligar á dejarme ver de tí. No tendría valor para mirar en tus ojos un asomo de lástima.....qué digo, lástima...eso sería lo de menos, de repulsión. Antes me mato.....

Adiós. Olvídame. Eres joven, gallardo y valiente.....nó, nó, Ricardo mío, no me olvides de un todo; piensa en mí cuando, á solas, oigas susurrar la brisa en el cordaje de tu buque, cuando la campana de proa exhale sus lamentos de media noche.....

Adiós.....

Tu infeliz,

ELVIRA».

.....

Copia de un aereograma fechado en Caracas á 8 de noviembre

—

«En cuenta, Elvira mía. La herida que recibí en la cabeza, interesó nervios de los ojos y estoy ciego. No seas tontilla. Prepáralo todo. Nos casaremos cuando quieras.

RICARDO».

.....

SANTOS JURADO.

Macuto: enero de 1910.



VALENCIA : El Club de "Base-Ball"

BIBLIOGRAFIA

—

"Historia contemporánea de Venezuela (Tomo II), por F. González Guinán — Caracas — Empresa El Cojo—1910.

—

La segunda parte de la *Historia Contemporánea de Venezuela* abarca el período de los Gobiernos Constitucionales, entre 1830 y 1847. El segundo volumen sólo comprende la historia de los seis años entre 1830 y 1836. Este lapso es de una importancia capital en la historia de Venezuela por el carácter de los sucesos que en él ocurrieron. En la cadena de los hechos históricos los primordiales y originarios ejercen una influencia profunda en los que le siguen y muchas veces los determinan ó suscitan. Esos sucesos de los primeros años de nuestra vida nacional van á tener en lo porvenir repercusiones tan trascendentes como amplias, principalmente en lo que atañe á las costumbres políticas que se implantarán en nuestro pueblo. No sería aventurado suponer que sin la existencia de dos ó tres acontecimientos de aquella época, la historia venezolana de toda una centuria hubiera cambiado de rumbo y aspecto. La corriente de los hechos se encauzó desgraciadamente por los álveos menos propicios á la riqueza, al progreso y á la cultura.

González Guinán se ha detenido á conciencia y con minucioso escrutinio en el relato y examen de los acontecimientos de aquella época inicial. La reacción contra Bolívar se ha desatado con toda su furia y la Gran Colombia está rompida de hecho. En Venezuela arden las pasiones, se hacen aprestos bélicos y muchos sueñan en una guerra absurda con el gobierno de Bogotá. Páez queda naturalmente al frente de aquella reacción y del pueblo venezolano como su mandatario, y á poco será el árbitro absoluto de sus destinos, el Jefe en torno del cual se agitarán las vagas tendencias de la opinión, buscando su apoyo y solicitando su asentimiento. Mas en los primeros años las tendencias de la política se encaminan en la dirección del orden y buscando el modo de fundar y fortalecer el Estado, el cual, propiamente, no existía antes. Repúblicos íntegros, acompañan al soldado en esta labor honrada y patriótica; y el héroe que no había tenido más escuela que el vivir inquieto y áspero de los campamentos en la guerra, manifiesta, ya entrado en la vida civil, sorprendentes aptitudes para manejarse en los negocios de la política.

González Guinán les reprocha con mucha justicia á Páez y á sus compañeros y partidarios el encono que revelaron en más de una ocasión hacia el Libertador, convertido por las contingencias en el *General Bolívar*, hombre contra cuya *nefasta influencia* clamoreaban los corifeos de la reacción. Muchos de éstos extremaron sus diatribas contra el Libertador hasta el punto de que hoy, al través de la distancia, cuando ya no perdura ni rastro de aquellas violentas pasiones, nos sorprenden por su furia rencorosa.

En Páez y algunos otros personajes por lo menos la actitud de adversario para el Libertador duró poco: apenas mientras éste fue con su prestigio un peligro para el buen suceso de la revolución separatista. Tal lo reconoce el historiador cuando consagra francos elogios y aplausos á Páez, por la petición que éste dirigió al Congreso reclamando los honores que le eran debidos al Padre de la Patria.

González Guinán tiene francos elogios y aplausos para éste durante su primer Gobierno, y sobre todo por su leal conducta durante la revolución que derrocó y desterró á Vargas. Algunos han formulado la hipótesis de que el capitán llanero había provocado secretamente la revolución para apoderarse del ejército y del poder; hipótesis que destruye González Guinán en su historia, vindicando la memoria de Páez de esta supuesta felonía. Nada hay, en efecto en su conducta durante la revolución que suministre fundamentos para una imputación semejante.

Lo cierto es que la revolución tuvo un alcance definitivo en la determinación de los sucesos. Vargas restituído al poder, se convence finalmente de que no es él quien puede gobernar esta nación nueva y turbulenta y abandona definitivamente el mando. El hecho que á primera vista pudiera parecer insignificante entra-

ña una trascendencia suma: con él queda descartado el elemento civil del primer rango político; preponderan los militares, se acepta la insurrección como un expediente propio para el logro de las ambiciones y dirimir los conflictos de intereses políticos, y queda Páez erigido en caudillo.

Seguramente hubo un error en la elección de Vargas, y así lo expone el historiador. Sus virtudes, muchas y eminentes, no eran las que necesitaba el país que poseyera en aquellos momentos su primer mandatario. Los soldados que habían soportado durante años y años las fatigas y penalidades de la guerra, habían de creerse desposeídos de la cosa pública con aquel nombramiento, y mucho más cuanto la cuestión de los fueros militares los traía descontentos y alborotados. Lo natural hubiera sida escoger un general prestigioso y bien dotado para la administración, que los había entre los próceres. Vargas apenas conocía la índole del país ni sus aspiraciones; y carecía por completo de las relaciones que la guerra había creado entre los Libertadores: resultaba entre ellos un sér exótico.

González Guinán sigue paso á paso en este volumen el curso de la vida política. La documentación del libro es riquísima y revela que el autor ha debido ejecutar un trabajo previo bastante arduo en el análisis y ordenación de los documentos. El plan de la obra es perfectamente metódico y por la suma de datos y noticias que contiene será un excelente libro de consulta para los aficionados á la historia patria.

El estilo de González Guinán, atildado y elegante, exento de rebuscamientos y de incorrecciones, completa la excelente impresión que produce la lectura de la *Historia Contemporánea*.

INFORMACION LITERARIA Y ARTISTICA

El Gallo de oro

Nuestros lectores estarán ya bien informados por la prensa de las innumerables peripecias que ha corrido el *Chantecler* de Edmundo Rostand antes de su representación. Primero fueron las dilaciones motivadas por la falta de intérprete principal. Coquelin debía hacer el papel del gallo, pero Coquelin murió á destiempo y Rostand tuvo que entrar en negociaciones con otros cómicos, negociaciones que fueron dilatadas y nimias, pues según se dice monsieur Rostand es un hombre que tiene intensísima afición al dinero y defiende sus intereses con mucho tino y destreza. Es un buen administrador de su propia gloria, lo cual es sin duda un nuevo mérito personal que agregar á los muchos literarios que posee el autor de *Cyrano*.

Luégo, ya más próxima la época de la representación, se suscitaron otros inconvenientes y sobrevinieron las polémicas y finalmente las demandas judiciales. Algún indiscreto puso en manos de un periodista largos fragmentos de la obra, y el periodista los publicó. Un diario italiano hizo lo mismo. Entonces Rostand y el director de la *Illustration* que había comprado caro el derecho de publicar primero á *Chantecler*, intentaron demanda y reclamaron resarcimiento de daños y perjuicios á los periodistas indiscretos. El asunto anda en los tribunales.

Lo peor del caso es que críticos mucho más indiscretos aún tomaron pie de la publicación de aquel extenso fragmento de la obra para promulgar presagios no nada favo-



Edmond Rostand

rables á Rostand ni al buen suceso de *Chantecler*. Decían los tales que ni siquiera los versos valían la pena; que bien podía colegirse por lo publicado cómo la pieza era un enredo descosido, desabrido y sin gracia, y que Rostand perdería toda su reputación en el fracaso que lo esperaba.

Y ¿quién venía á ganar con todas estas habladurías y comentarios favorables ó adversos? Seguramente que el mismo Rostand. Ya se sabe lo que significa en una ciudad como París que una obra, y no representada, levante polvareda de escándalo. Buena parte del éxito de *Le Foyer* de Mirbeau se debió sin duda á la batahola que formaron el autor y el señor Claretie, Director de la Comedia Francesa. Por eso no han faltado maliciosos cronistas que quieran dar á entender que todo eso de las controversias, demandas y malos augurios no pasa de ser una *reclâme* fina y sabiamente organizada para tener pendiente y viva la atención del público y lograr que á todo trance, siquiera por simple curiosidad de los espectadores, *Chantecler* se sostenga en el cartel de la Porte-Saint Martin.

Los diarios de todas partes del mundo estuvieron ocupados cosa de un mes en darnos pormenores más ó menos interesantes acerca de *Chantecler*. Su argumento es conocido ya de todo el mundo, por lo menos en sus líneas generales. El gallo logra convencer á todos sus compañeros de corral que es él el que hace brillar el día, pues con su canto obliga á salir al sol; y se prevale de esta mentira para imponerse sobre todos. Pero un día se queda dormido, no lanza su quiquiriquí y el sol sale tan orondo y resplandeciente como de costumbre. El inconveniente principal que las personas entendidas en cosas de teatro hallaban en la obra era precisamente el hecho de ser animales los personajes, lo cual le resta al actor el recurso de los ademanes y de la gesticulación, quedando en suma todo reducido á una recitación del papel de cada cual. Por eso mismo los versos debían poseer una intensidad sugerente ó evocadora bastante como para suplir con su ritmo las deficiencias de la mímica. Y fuera del *Canto del buho*, lo demás lo encontraban los críticos muy flojo é inexpresivo.

Sin embargo, el día del ensayo general, al cual asistieron eminentes autoridades en materias literarias y artísticas, *Chantecler* obtuvo grandes aplausos y no faltó quien dijera que era una de las obras que perdurarían como definitivas en el teatro francés contemporáneo. En nuestro próximo número resumiremos rápidamente las opiniones de los principales críticos de París acerca de esta obra, que de tal modo ha tenido despierta la atención de la gente culta en todos los países civilizados.

HISTORIA DEL ARTE

POR MEUNIER

—

(Traducción de Feder Spiegel)

—

(Extracto, en la parte que se refiere á la pintura y la escultura)

—

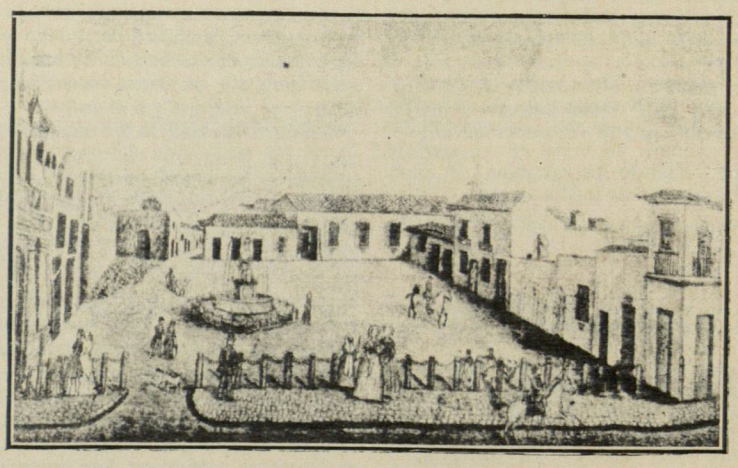
(*Continuación*)

—

EL ARTE ANTIGUO

(El Arte Asirio-babilónico.—El Arte Persa)

La representación de los perros de caza y de los animales feroces alcanzó un alto grado de perfección en este pueblo de cazadores. El furor y el dolor están admirablemente representados en algunos bajo-relieves, que tienen en verdad una



Caracas retrospectiva.—Antigua Plaza de San Pablo

expresión de poderosa realidad. El Museo Británico posee un bajo-relieve que representa una cacería de Assurbanipal, y figuran en él perros de caza en actitud de arrojarse sobre su presa, con tal aspecto de ferocidad que impresiona vivamente. En otro lado, una leona herida por tres flechas se levanta sobre sus patas delanteras mientras que la parte inferior de su cuerpo, paralizada, se retuerce convulsivamente, produciendo una impresión dolorosa.

Como en los palacios asirios, los ladrillos esmaltados se emplearon en los palacios construídos por Artajerjes en Susa. Los frisos de las fachadas están formados por estos materiales y dos de ellos fueron llevados al Museo del Louvre.

El uno, llamado *friso de los leones*, representa nueve de estos animales de 3,50 metros de longitud, destacándose su cuerpo gris azulado con melena verde, sobre un fondo de ladrillos pintados de azul.

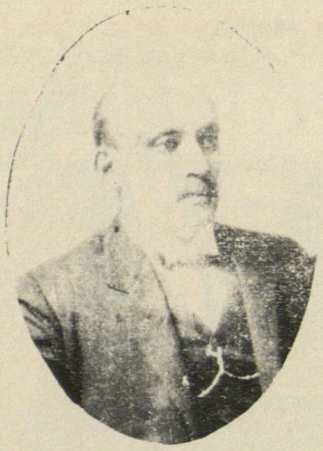
El otro, conocido *por friso de los arqueros*, muestra varios soldados de la guardia real, colocados de perfil y vistiendo túnicas estrechas y largas, de mangas muy anchas, sembradas de margaritas verdes ó azules, sobre un fondo alternativamente azul y amarillo de oro.

La exactitud del dibujo y la armonía de los colores, hacen de estos frisos dos de los más preciosos monumentos del arte persa.

Los reyes de Persia habían dividido su atención entre sus tumbas y sus palacios, como puede verse en los sepulcros de Persépolis, abiertos en los tiempos de Darío y sus sucesores, en la roca gris de la montaña. Las entradas están completamente cubiertas de imponentes bajo-relieves. El de Darío, por ejemplo, que ocupa la parte superior de la entrada, representa dos filas de soldados que sostienen en su brazo una plataforma, sobre la cual está representado Darío, de pie, empuñando el arco; enfrente arde el fuego del sacrificio sobre un altar, y en medio, como aceptando los votos del monarca, aparece la figura del dios Ormuzd.

Estas esculturas son de finura extraordinaria, lo que revela un arte avanzado y superior al asirio, tanto por la composición como por la ejecución; pero tanto el uno como el otro, conservaron siempre cierta pesadez de conjunto. Contemplando esos monumentos fastuosos, parece sentirse la opresión de la tiranía de que son manifestación elocuentísima. Han absorbido, en cierto modo, toda la vida estética de una raza para alimentar y perpetuar la vanidad de un solo hombre: el arte no ha podido concentrarse en esa atmósfera de servidumbre y de egoísmo, sin perder algo de su grandeza y de su honor.

(*Continuará.*)



DR. FERNANDO CADENAS DELGADO

—

Ha muerto este notable abogado venezolano.

Prez de honra y virtud imperecedera será siempre, sin embargo, su nombre en los anales patrios; porque su especial carácter de dignidad é inteligencia hizo de él uno de los raros corifeos tras cuyo ejemplo puede marcharse con la conciencia serena, seguro de seguir por la senda del bién. Fue él uno de esos hombres excepcionales, en cuyo carácter se aduna la paciencia investigadora de la justicia humana, con la bondad ingénita de un corazón tierno y generoso. Subió, hacia la cumbre de la gloria que su claro espíritu le designaba, sobreponiendo su voluntad á las asperezas del ascenso; y, ya en la mercida cumbre, fortificada la fe como nunca, la caridad de su alma se difundió en luz guiadora de los otros peregrinos en la senda arriscada.

El Doctor Cadenas Delgado tendrá puésto de primera fila en los fastos venezolanos. No sólo es vencedor de la fama el hombre que deslumbra á sus semejantes con hechos tremendos de gloria; sino que el sér apacible que labra camino propio hacia el bién, con sano y sostenido vigor de voluntad, aunque trabaje en silencio y en paz,—ése será también digno de las más gallardas palmas; y talvez sea su triunfo más hondo, porque logre ejercer, bien que sea tardíamente, magnífica sugestión sobre los ótros, más humilde y más duradera.

El Cojo Ilustrado, haciéndose partícipe de este notable duelo de la Patria, coloca sobre la tumba del Doctor Cadenas Delgado su manojo de afectuosas flores.

SUELTOS EDITORIALES

La Pianola-piano.—Nuestros amigos los señores Enrique Arvelo & Phelps, Representantes exclusivos en Venezuela de la Aeolian Company, y encargados por ésta de vender entre nosotros los bellos instrumentos la *Pianola* y la *Pianola-piano*, nos participan en muy atenta esquela haber contratado al distinguido músico profesional señor D. José Devítola, para dar gratis y á domicilio audiciones musicales, en todas aquellas casas de personas á quienes interese conocer la *Pianola*. Bastará llamar por el teléfono 1745 á los señores Arvelo & Phelps para fijar la hora del concierto.

El repertorio del señor Devítola será escogidísimo, componiéndose de lo mejor de la música clásica, de ópera, bailes y aires populares.

Deseamos á los estimables amigos buen éxito en los ensayos de propaganda que preparan, de lo cual no dudamos que se aprovecharán muchas familias de esta ciudad.

Notas de duelo

Señora Carolina de Ruiz

Al seno de la tierra impasible han bajado los restos de la señora Carolina de Ruiz, que fue en la distinguida sociedad caraqueña honorable dechado por sus virtuosas prendas. Junto á las innumerables rosas de afecto deshojadas sobre su tumba colocamos las nuestras de simpatía.

Gustavo Ríos

Ahora es una existencia en botón, un infante gala de su hogar el que ha abatido la cabecita inocente al golpe del funesto destino. Pero mientras sobre la losa cándida murmuren las apacibles auras, acariciando los tiernos lirios y azucenas que la coronan, en virgen incienso de aromas, la esencia purísima que fue su alma sobre la tierra ha volado al infinito imperio celeste á ser estrella divina en la constelación de los ángeles.

Presentamos la más ingenua expresión de pésame á nuestro distinguido amigo señor Doctor José Manuel de los Ríos Llamozas, padre del niño extinto.

Doctor Francisco Padrón

Ha dejado de existir este estimable caballero, infausto motivo por el cual significamos á su distinguida familia nuestra sincera condolencia, en particular á su señor hijo, nuestro apreciado amigo señor Juan Francisco Padrón Uztáriz.

General Francisco Navas Alcántara

El General Navas Alcántara, persona de reconocidas prendas individuales, ha rendido también la jornada de una vida meritoria. Damos á sus deudos la significación de nuestro pésame.

Señor Antonio Vidal

Trabajo y honradez informaron siempre la virtuosa personalidad de este obrero incansable, á quien en vida debimos estimación y sobre cuya sepultura depositamos nuestra sincera ofrenda.

General Ignacio Avendaño

Una demostración de pena hemos de consagrar á la memoria del General Avendaño, fallecido recientemente, haciendo presente á sus deudos esta espontánea voz de condolencia.

NUESTROS GRABADOS

Museo del Louvre: A. Coypel.—Flora y Céfiro.—Reza la magnífica leyenda que Céfiro, que representábase en la figura de un hermoso joven alado vertiendo preciosas flores, tuvo por esposa á la ninfa Cloris (la Flora de los romanos), á quien robó de las islas Afortunadas, llevándola á Grecia sobre sus alas de mariposa.

Vistas europeas.—Según ofrecimos en nuestro pasado número, publicamos en éste algunas preciosas vistas de los monumentos más notables de París alcanzados por la gran inundación. También publicamos varias otras de principales ciudades europeas, que no dudamos serán del agrado del público, como las de Barcelona de España y Venecia.

Paisajes nacionales.—Gracias á la competente ayuda de nuestros colaboradores artísticos, tenemos también el gusto de reunir en estas páginas varios paisajes venezolanos, cuya escogida publicación seguiremos haciendo, en nuestro anhelo de satisfacer el gusto de nuestros abonados con esta labor de propaganda.

Indios americanos: Los indios Arhuacos.—La tribu de estos indios de la vecina República de Colombia, parecen oriundos del territorio nacional de la Nevada y Motilones. Damos algunos cuadros ilustrativos de sus costumbres religiosas y sociales.

El Club de Base-Ball de Valencia.—La sociedad entusiasta de los jóvenes esportistas valencianos ha venido sosteniéndose con un entusiasmo digno de loa. El grabado representa la fotografía de los miembros principales del simpático Club.

Caracas retrospectiva: Antigua Plaza de San Pablo. Año 1845.—Este grabado ha sido tomado de una vista litográfica que nos ha suministrado para su publicación el señor General Manuel Landaeta Rosales, á quien se la había regalado el señor Francisco Vidal Rodríguez. Representa la actual plazoleta del Teatro Municipal.

PARFUM
CAMIA



V. RIGAUD PARIS

En las principales Perfumerias de America.

poniendo las manos en los hombros del inquilino de la casa, le dirigió una pregunta que Hill ni entendió ni hubiera podido contestar de asustado que estaba. El aparecido, entonces, dió un par de paseos por la habitación y se desvaneció.

A la noche siguiente volvió el espectro, y sentándose en el borde de la cama, con una pipa en la boca, se puso á hablar de política, sin que Hill pudiera contestarle.

La tercera noche, Hill y su mujer oyeron al fantasma andar por la sala y salieron á escape de la casa en busca de un matrimonio pariente suyo y del mozo. Los cinco volvieron á la casa y estuvieron esperando en un aposento, sin que por el pronto ocurriese novedad, pero á las doce de la noche, el gato pasó corriendo con todo el pelo erizado, y se tiró por una ventana. Desde entonces no volvieron á verle. Todos esperaban que el fantasma vendría detrás del gato, pero no se presentó, ni en toda la noche sucedió nada anormal. Ya de día, se sentaron todos á la mesa para desayunar, y uno de los presentes dijo:

—Me parece que lo del fantasma ha sido una alucinación. Nunca he creído en semejantes cuentos.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, entró el aparecido en el comedor preguntando:

—¿Está servido el desayuno?

Desde aquel día la familia abandonó la casa para siempre.



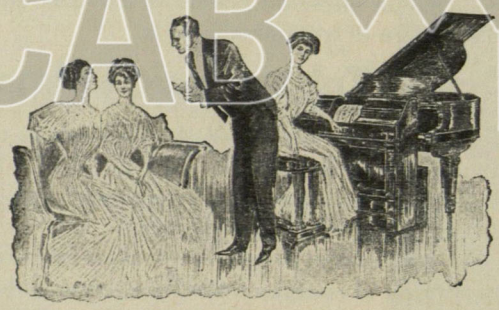
NO HAY SINO UNA

PIANOLA Y PIANOLA-PIANO

y ellas son fabricadas por la AEOLIAN COMPANY de New-York.

Estos maravillosos instrumentos ocupan ahora artísticamente el lugar más alto por la invención del THEMODIST.

Esto hace la acentuación del tema ó la melodía de toda clase de composición.—Hace que ciertas notas tengan un sonido más fuerte que las otras, y las hace resaltar con relieve propio, justamente como si la pieza musical fuese tocada con las propias manos en el piano. El THEMODIST hará resaltar la nota necesaria, relegando las otras al segundo lugar para que cada una ocupe en la composición el sitio que el compositor ha deseado, resaltando de este modo el tema.



Invitamos á los amantes de la música que viven en Caracas á visitar este Almacén, donde, en nuestro Salón de Música, daremos

AUDICIONES MUSICALES.

A las personas del interior que tienen interés en conocer estos instrumentos ó comprarlos, les exigimos que nos pidan informes y catálogos.

ENRIQUE ARVELO & PHELPS.

CARACAS

Traposos á Colón 33—Teléfono 1745.

Representantes Exclusivos de la

AEOLIAN COMPANY,

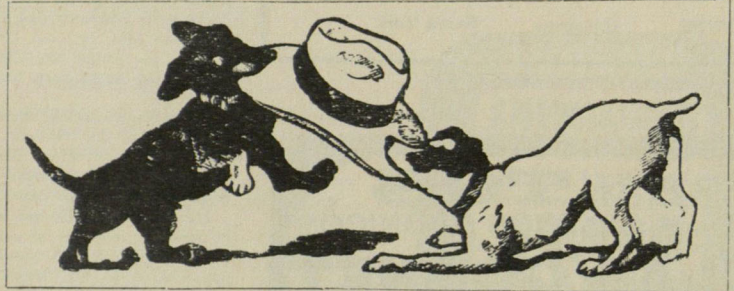
New-York—Londres—París—Berlín.

HIERRO QUEVENNE

CURA:
ANEMIA
FIEBRES, DEBILIDAD
El más económico
y el único inalterable.
14, Rue des Beaux-Arts, PARIS.

SOMBRERERIA LA MODA

P. M. RAVELO



Traposos á Chorro
Número 191

Surtido renovado
constantemente

ESPECIALIDAD EN LOS ENCARGOS



Pena de muerte por besar

A unos pueblos les gusta el beso y á otros no; todo es cuestión de costumbre.

En el antiguo Egipto se consideraba como una gran cortesía besar la mano y ponérsela luégo encima de la cabeza.

Los hombres de alta categoría solían besarse, pero en la tierra de los faraones no había hombres que pensase siquiera en besar á una mujer.

DIGITAL UCAB

En Roma hubo un tiempo en que la cuestión de los besos fue cosa seria. Si un esclavo besaba á una mujer libre, corría gran peligro de morir descuartizado por cuatro caballos indómitos.

El gran Catón promulgó una ley considerando como delito penable el que los padres se besasen en presencia de sus hijos.

Los griegos condenaban á muerte al hombre que besaba á una mujer en la calle.

En Rusia, las personas de igual condición social, se besan en la frente, pero el aldeano ruso saluda á su amo besándole las rodillas.



PILDORAS DE ORO Ó EMENAGOGAS
CONTRA LOS DOLORES DEL VIENTRE
alivio inmediato, curación rápida de los trastornos del aparato sexual
DE LA MUJER.

JARABE TONICO FERRUGINOSO
cura la anemia, la clorosis, etc., sin distinción de sexo ni edad, gusto agradable, en su clase es de lo mejor que se prepara en el país.
NINGUN SIMILAR EXTRANJERO LE SUPERA.
DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS DE LA REPUBLICA
Por mayor en casa del autor Dr. Carlos Meyer
La Victoria—Venezuela.



Cómo se da color á las flores

El arte de obtener flores de colores diferentes á los naturales, constituye una industria esencial que se practica mucho en América, Inglaterra y Alemania, y que no carece de interés.

La hortensia azul se obtiene poniendo la planta en un tiesto en cuyo fondo se haya extendido previamente una delgada capa de alumbre machacado, mezclando la tierra con una décima parte de pizarra machacada, y finalmente, regando todos los días la maceta con una solución compuesta de 500 gramos de alumbre por cada 10 litros de agua. Antes de que florezca hay que regarla también, una vez á la semana, con sulfato de cobre disuelto en agua en proporción de 3 á 4 gramos por litro.

La coloración verde se obtiene con el verde brillante ó tetraethyldiamidotriphnylcarbinol, obtenido por la acción de la esencia de almendras amargas sobre la pietilanilina.

Para la coloración violeta se emplea el violeta de metilo que es el clorhidrato de pentamentilparasosanilina.

El rosa se consigue con el uso de la fucsina ó clorhidrato de rosanilina.

Estas materias colorantes se disuelven en cantidades variables, según el tinte que se quiere obtener, en agua filtrada sola ó con un poquito de alcohol para ayudar la disolución. Para emplear el tinte se meten los extremos de los tallos, recién cortados, en la solución preparada á este efecto, y el agua sube, por capilaridad, arrastrando consigo la materia colorante. Al cabo de unas cuantas horas el borde de los pétalos comienza á teñirse ligeramente y luégo, poco á poco, la coloración se extiende hasta cubrir por completo las partes expuestas al aire.

Es de notar que la coloración no se produce cuando se baña la planta entera en la solución coloreada, ni tampoco mediante el riego; es indispensable que se verifique la absorción por capilaridad, por un fenómeno análogo al que se produce en la inyección de las maderas. Por lo expuesto se comprenderá la posibilidad de obtener, á voluntad, flores de colores muy variados.

Las plantas y el riego excesivo

Una de las cosas que más perjudican á las plantas caseras, es el exceso de humedad, y por eso conviene dejarlas secarse casi, entre riego y riego. De cada diez casos, en nueve las plantas se crían enfermizas y están mustias por efecto del exceso de humedad y la escasez de desecación, condiciones ambas que ocasionan la podredumbre de la tierra.

Conviene volcar los tiestos sosteniendo con una mano la tierra y dando con la otra un golpe en el fondo de la maceta para sacar la pelota que forman las raíces y examinarlas. Si no se ven raíces blancas ó si se ven pocas y obscuras, es indicio de que la planta ocupa un tiesto demasiado grande

EL PRIMERO Y SEGUNDO TOMO DE LA
"Historia Contemporánea de Venezuela"
POR EL DR. FRANCISCO GONZALEZ GUINAN
Están á la venta en
LA EMPRESA EL COJO
y en LA LIBRERIA ESPAÑOLA
Precio para Caracas, cada uno ..... Bs. 10
" " el Interior .... Bs. 12

NO MÁS
ACEITE DE HIGADO
de bacalao
TÓMESE EL
VINO GIRARD
de la Cruz de Ginebra
SUS HIJOS
SU ESPOSA
UD. MISMO
gozarán de mejor salud.
El VINO GIRARD es recetado por más de 30.000 médicos en la
ANEMIA
CONVALECENCIA
DEBILIDAD GENERAL
BRONQUITIS
Y PARA LOS NIÑOS cuyo crecimiento puede inspirar cuidados.
A. GIRARD, 22, Rue de Condé, PARIS
En las principales droguerias y farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE. DUSSER. 1 rue J.-J.-Rousseau. Paris**

y que conviene quitarle un poco de tierra y trasladarla á otra maceta más pequeña, apretando bien la tierra sobre las raíces si éstas son duras, ó dejándola algo floja si son blandas y de gran desarrollo como las de las begonias. Las primaveras tienen tendencia á secarse por la corola y debe ponérseles la tierra más alta en el centro, mientras que los heliotropos, que crían una masa de raíces fibrosas que dificultan la penetración del agua, deben tener la tierra alta alrededor del borde del tiesto para que el agua caiga sobre las raíces y no se filtre entre las paredes de la maceta y la bola de tierra. También es conveniente abrir unos canales en la tierra con un lapicero.

COLEGIO AMÉRICA
FUNDADO EN 1894
Admite alumnas internas, semi-internas y externas.
PROSPECTO GRATIS A QUIEN LO PIDA A LA DIRECTORA,
Berta M. Meyer.
La Victoria—Venezuela.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DE PECHO** las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS** las **BRONQUÍTIS CRÓNICAS**
L. PAUTAUBERGE, 9bis, *Rue Lacuée, Paris* Y LAS PRINCIPALES BOTICAS
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma PAUTAUBERGE

CHLOROSIS *(Colores pálidos)* **ANEMIA** LEUCORREA *(Flores blancas)*
LICOR DE LAPRADE
con *Albuminato de Hierro*
APROBADA POR LOS MEDICOS DE LOS HOSPITALES (MEDALLAS DE ORO)
Es el mejor de todos los Ferruginosos para la curación de todas las enfermedades provinientes de la *Pobreza de la Sangre.*
PARIS, COLLIN y Cía, *49, Rue de Maubeuge*, y en las farmacias.

Abono para las flores

Se obtiene un excelente abono para las flores en tiestos ó en jardín, mezclando en una botella las sustancias que á continuación se expresan: cinco partes de salitre, diez de sal de cocina, cinco de sal de Glauber, una de magnesia y tres de fosfato de sosa. Para dar este abono á las plantas se disuelve una cucharadita de la mezcla en un litro de agua caliente, y se riega á diario con ese líquido.

Varias

—Parece que conoce usted á la perfección todas las lenguas vivas ¿verdad?

—Salvo dos. La de mi mujer y la de mi suegra.

Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India,** es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India,** se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. **Su valor 4 reales.**

LA
Phosphadine Fullié
es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
PARA TODAS LAS EDADES DE LA VIDA
Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas
Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales
Precio en toda Venezuela:
Pote grande..... Bs. 2,50
Id. pequeño " 1,50



PHOSPHADINE FULLIE es el alimento indispensable para niños, enfermos y ancianos
De venta en los principales establecimientos de la República

SI PADECE VD.
de la Vejiga, de los Riñones, del Hígado ó del Estómago
LAS
CAPSULAS DE ACEITE DE HAARLEM
MEDALLA DE ORO
Le Aliviarán Prontamente

Estas cápsulas contienen cada una cinco gotas del legítimo Aceite de Haarlem—la medicina más eficaz y mejor conocida en el mundo para los desarreglos de la Vejiga y para todos los padecimientos que provengan de este mal.

Empiece Hoy Mismo á Tomar las Cápsulas Medalla de Oro.

Aun en el plazo de un día experimentará una marcada mejoría. No lo deje para otra ocasión el adquirir una cajita, sino hágalo ahora. Cuanto antes empiece á tomar estas cápsulas tanto más pronto hallará alivio.

La Enfermedad de Bright, el Lumbago y los Fuertes Dolores de Cabeza son con más frecuencia el resultado de una Vejiga desordenada que causados por la Enfermedad de los Riñones.

Cualquier médico le dirá lo mismo. Cualquier médico que haya usado ó prescrito el Aceite de Haarlem le podrá decir cuán valioso y eficaz es este medicamento. Adquiera hoy mismo una cajita de estas cápsulas. Con su uso el alivio es cosa rápida y cierta.

EN TODAS LAS BOTICAS

Propietarios: HOLLAND MEDICINE COMPANY - - - - Scranton, Pa., E. U. de A.



Pensamientos

La religión consuela al hombre en la desgracia y derrama una dulzura celestial en las amarguras de la vida.—Barrau.

La simpatía es la facultad de sentir por los que sufren, por las dificultades y el desaliento de los demás.—Samuel Smiles.